BERNARDINO GIUSEPPE BUCCI

LUISA PICCARRETA

Colección de memorias sobre la Sierva de Dios

***

A mi tía Rosaria,

fiel custodia de la vida de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta

***

BERNARDINO GIUSEPPE BUCCI

Fraile Menor Capuchino

LUISA PICCARRETA

Colección de memorias sobre la Sierva de Dios

***

Impresión: Tipolitografía Miulli
Vía Roma, 52 - San Ferdinando di Puglia - Tel. 0883.622036
2000 Propiedad del autor.
71049 Trinitapoli (FG)
Parroquia de la Inmaculada de los Frailes Menores Capuchinos
EDICIÓN NO COMERCIAL

***

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

La atención amorosa a conservar la memoria de gente de nuestras tierras que, con el humilde trabajo diario y con la aceptación de los sufrimientos de la vida, se distinguieron en el amor a Dios y al prójimo, ha impulsado al p. Bernardino Bucci, nuestro fraile capuchino, a escribir «recuerdos de familia» relativos a la figura de Luisa Piccarreta, llamada familiarmente «*Luisa la santa*».

El interés por Luisa merece destacarse tanto por la atención que hoy se presta a la profundización de la mística (y Luisa lo es porque con su contemplación y con la aceptación de sus sufrimientos físicos y espirituales, alcanzó una notable intimidad con Jesús) como porque Luisa fue conocida y frecuentada por algunos de nuestros hermanos (p. Fedele da Montescaglioso, p. Guglielmo da Barletta, p. Salvatore da Corato, p. Terenzio da Campi Salentini, p. Daniele da Triggiano, p. Antonio da Stigliano, p. Giuseppe da Francavilla Fontana, por citar sólo algunos) que pudieron darle elementos esenciales de la espiritualidad franciscana, asimilando de ella el amor a Cristo y el empeño por cumplir la Divina Voluntad.

Ojalá que este libro, en el que el p. Bernardino ha puesto tanto amor y entusiasmo, ayude a cuantos lo lean a sentirse impulsados a profundizar la espiritualidad de Luisa y se hagan promotores de su beatificación.

P. Mariano Bubbico

Ministro Provincial de los Frailes Menores Capuchinos de Pulla

***

PREFACIÓN

Una viva exhortación del venerado -ahora emérito- arzobispo de Trani, monseñor Giuseppe Carata, me impulsó a poner por escrito los testimonios sobre Luisa Piccarreta, recogidos de viva voz por mis familiares y por otras personas que conocieron personalmente a la Sierva de Dios. En algunos episodios yo estoy directamente implicado.

En mi infancia tuve contactos continuos y directos con la Sierva de Dios, facilitados por mi tía, Rosaria Bucci, que durante cerca de cuarenta años asistió, noche y día, a la Sierva de Dios. Las dos trabajaban juntas en el bordado con bastidor, con el que obtenían lo necesario para su sustento. Mis parientes se hallaban unidos a la familia Piccarreta por numerosos vínculos. Mis hermanas, Isa, María y Gemma, frecuentaban asiduamente la casa de Luisa,

entre otras cosas para aprender el bordado con bastidor. Gemma, la pequeña, era la preferida de Luisa, que al nacer sugirió que la llamaran con ese nombre. La hermana de Luisa, Angelina, fue madrina de bautismo y de confirmación de mis hermanas. Teníamos tanta intimidad con ella que en la familia todos la llamábamos «tía Angelina».

Con Luisa hablábamos con mucha familiaridad. Recuerdo que mi madre acudía periódicamente a la casa de Luisa y se entretenía largo tiempo con ella. No se sabe nada de sus conversaciones. Creo que Luisa le profetizó su muerte prematura. Lo deduzco del hecho de que mi madre hablaba a menudo de la muerte y nos daba a entender que no viviría mucho tiempo. Falleció a la edad de cincuenta y un años, tres años después de la muerte de Luisa. En el momento de su muerte vestía una camisa de la Sierva de Dios.

De la Sierva de Dios yo personalmente recibí estampitas e imagencitas. A pesar de nuestra familiaridad, ante Luisa yo permanecía silencioso, embelesado por la fascinación que emanaba.

Mucho material he recogido y apuntado, pero no me es posible organizarlo todo para darlo a la prensa; eso exigiría mucho trabajo y tiempo suficiente, del que no dispongo. He tenido que hacer opciones y publicar lo que he considerado más interesante. Con eso no quiero afirmar que los demás episodios registrados no sean dignos de conocerse. Estoy plenamente convencido de que cualquier episodio referido a Luisa Piccarreta es útil para enmarcar su figura en su tiempo.

Me propongo continuar el trabajo de organización e investigación de las memorias y dar a la prensa una biografía más exhaustiva de la Sierva de Dios, obra iniciada desde hace ya bastante tiempo y que espero concluir lo más pronto posible.

Padre Bernardino Giuseppe Bucci

CAPÍTULO PRIMERO

Datos biográficos

La Sierva de Dios Luisa Piccarreta nació en Corato, provincia de Bari, el **23 de abril de 1865** y allí **murió, con fama de santidad, el 4 de marzo de 1947.**

Sus padres, Vito Nicola y Rosa Tarantino, tuvieron cinco hijas: María, Rachele, Filomena, Luisa y Angela. María, Rachele y Filomena se casaron. Angela, llamada generalmente **Angelina, permaneció soltera junto a su hermana Luisa hasta su muerte**.

Luisa nació el domingo *in Albis* y fue bautizada ese mismo día. Su papá, pocas horas después de su nacimiento, la envolvió en una manta y la llevó a la parroquia, donde le fue administrado el Santo Bautismo.

Nicola Piccarreta era **granjero de una hacienda, propiedad de la familia Mastrorilli, situada en el centro de la calle delle Murge, en la localidad de *Torre Disperata*, a 27 kilómetros de Corato.** Quien conoce estos lugares puede apreciar la solemnidad del silencio que reina allí, inmerso entre las colinas soleadas, áridas y pedregosas. En esa hacienda Luisa pasó muchos años de su niñez y de su adolescencia. Ante el caserío se yergue aún el imponente y secular árbol de moral, con una gran cavidad en el tronco, en la que Luisa, de niña, se escondía para orar, lejos de los ojos indiscretos. En ese lugar solitario y soleado comenzó para Luisa la aventura divina que la llevaría por las sendas del sufrimiento y de la santidad. En efecto, fue precisamente en ese lugar donde tuvo que sufrir penas indecibles por los asaltos del maligno, que a veces la atormentaban incluso físicamente. **Luisa, para librarse de ese sufrimiento, recurría incesantemente a la oración, dirigiéndose de modo particular a la Virgen Santísima, que la consolaba con su presencia.**

La Divina Providencia llevaba a esta niña por senderos tan misteriosos que no le era posible experimentar ninguna alegría fuera de Dios y su Gracia. En efecto, el Señor le dijo un día: «*Yo recorrí y volví a recorrer la tierra, miré una por una a todas las criaturas, para encontrar a la más pequeña de todas.* **Entre tantas, te encontré a ti, la más pequeña de todas.** *Tu pequeñez me complació y te elegí; te encomendé a mis ángeles, para que te custodiaran, no para hacerte grande, sino para que custodiaran tu pequeñez, y ahora quiero comenzar la gran obra del cumplimiento de mi voluntad. Con ello no te sentirás*

más grande; al contrario, mi voluntad te hará más pequeña y seguirás siendo la hija pequeña de la Divina Voluntad» (cf. *Volumen* XII, 23 de marzo de 1921).

A los nueve años, Luisa recibió por primera vez a Jesús Eucaristía y la Sagrada Confirmación, y desde ese momento aprendió a permanecer en oración horas enteras ante el Santísimo Sacramento. A los once años quiso inscribirse en la asociación de las Hijas de María -floreciente en aquel tiempo- en la iglesia de San José. A la edad de dieciocho años, Luis se hizo terciaria dominica, con el nombre de Sor Maddalena. **Fue una de las primeras en inscribirse en la Tercera Orden,** cuyo promotor era su párroco. La devoción de Luisa a la Madre de Dios desarrollará en ella una profunda espiritualidad mariana, preludio de lo que un día escribiría sobre la Virgen.

La voz de Jesús llevaba a Luisa a desprenderse de todo y de todos. **A sus dieciocho años aproximadamente, desde el balcón de su casa, en la calle Nazario Sauro, tuvo la visión de Jesús sufriente bajo la cruz, que, elevando sus ojos hacia ella, pronunció estas palabras: «¡*Alma, ayúdame*!». Desde ese momento se encendió en Luis un ansia insaciable de padecer por Jesús y por la salvación de las almas. Así comenzaron aquellos sufrimientos físicos que, añadidos a los espirituales y morales, llegaron al heroísmo.**

La familia confundió esos fenómenos con una enfermedad y recurrió a la ciencia médica. Pero todos los médicos consultados quedaron desconcertados ante un caso clínico tan único y singular. Luisa estaba afectada por una rigidez cadavérica, aunque daba señales de vida, y no existían cuidados que pudieran aliviarla de esas penas indecibles. Cuando se agotaron todos los recursos de la ciencia, se acudió a la última esperanza: los sacerdotes. Fue llamado a su cabecera un sacerdote agustino, el padre Cosme Loiodice, que se encontraba con su familia por las famosas leyes siccardianas (Nota del traductor: en Italia, el siglo pasado, el político y jurista Giuseppe Siccardi promovió la promulgación de leyes anticlericales); ante el asombro de todos los presentes, bastó una señal de la cruz, que el Padre hizo sobre el pobre cuerpo, para que la enferma recuperara inmediatamente sus facultades normales. Cuando el padre Loiodice volvió al convento, fueron llamados algunos sacerdotes seculares, los cuales, con un signo de la cruz, hacían que Luisa volviera a la normalidad. Ella tuvo la convicción de que todos los sacerdotes eran santos, pero el Señor un día le dijo: «*No porque sean todos santos -¡ojalá lo fueran!-, sino sólo porque son*

la continuación de mi sacerdocio en el mundo, tú debes estar siempre sometida a su autoridad sacerdotal; nunca vayas en contra de ellos, sean buenos o malos» (cf. Volumen I). Luisa siempre se sometió a la autoridad sacerdotal, a lo largo de toda su vida. Este fue uno de los puntos que más la hicieron sufrir. La necesidad diaria de la autoridad sacerdotal para volver a las ocupaciones normales era para Luisa la mayor mortificación. En los primeros tiempos las incomprensiones y los sufrimientos más humillantes los padeció precisamente de parte de los sacerdotes que la consideraban una joven exaltada, loca, una persona que quería atraer hacia sí la atención de los demás. En una ocasión la dejaron en aquel estado durante más de veinte días. Luisa, que aceptó el papel de víctima, llegó a vivir una situación particularísima: cada mañana se encontraba rígida, inmóvil, encogida en su cama, y nadie era capaz de extenderla, alzar sus brazos, moverle la cabeza o las piernas. Como sabemos, era necesaria la presencia del sacerdote, que, bendiciéndola, con un signo de la cruz, anulaba aquella rigidez cadavérica y la hacía volver a sus ocupaciones normales (bordado con bastidor). Caso único: sus confesores nunca fueron sus directores espirituales, misión que Nuestro Señor quiso reservarse para sí. Jesús le hizo escuchar directamente su voz, enseñándola, corrigiéndola, reprochándola, si era preciso, y gradualmente la fue llevando hasta las cimas más altas de la perfección. Luisa fue sabiamente instruida y preparada, durante muchos años, para recibir el don de la Divina Voluntad.

El arzobispo de entonces, Giuseppe Bianchi Dottula (22 de diciembre de 1848-22 de septiembre de 1892), cuando tuvo noticia de lo que acaecía en Corato, después de escuchar el parecer de algunos sacerdotes, quiso tomar bajo su autoridad y responsabilidad este caso y, después de madura reflexión, creyó conveniente nombrar como confesor particular a Don Michele De Benedictis, espléndida figura de sacerdote, al que Luisa abrió totalmente su alma. Don Michele, sacerdote prudente, de vida santa, impuso límites a sus sufrimientos y ella no debía hacer nada sin su consentimiento. Fue precisamente Don Michele quien le ordenó que comiera al menos una vez al día, aunque inmediatamente después lo devolvía todo. Luisa debía vivir sólo de la Divina Voluntad. Fue este sacerdote quien le dio permiso de quedarse siempre en la cama, como víctima de expiación. Era el año 1888. Luisa permaneció clavada en su lecho de dolor, siempre sentada durante otros cincuenta y nueve años, hasta su muerte. Conviene notar que hasta entonces ella, aun aceptando el estado de víctima, había permanecido en la cama de modo intermitente, porque la obediencia nunca

le había permitido quedarse en la cama de modo continuo. Pero desde el día de Año nuevo de 1889 se quedó en el lecho de forma permanente.

En 1898, el nuevo arzobispo Tommaso De Stefano (24 de marzo de 1898-13 de mayo de 1906) nombró como nuevo confesor a Don Gennaro Di Gennaro, que desempeñó esa tarea durante veinticuatro años. El nuevo confesor, intuyendo las maravillas que el Señor obraba en esta alma, ordenó categóricamente a Luisa que pusiera por escrito todo lo que la Gracia de Dios obraba en ella. De nada valieron todas las razones que expuso la Sierva de Dios para sustraerse a la obediencia de su confesor: ni siquiera su escasísima preparación literaria la pudo eximir de la obediencia. Don Gennaro Di Gennaro permaneció firme e inflexible, aun sabiendo que la pobre sólo hecho el primer año de enseñanza primaria. Así comenzó, el 28 de febrero de 1899, la redacción de su diario, que ocupa treinta y seis gruesos volúmenes. El último capítulo quedó concluido el 28 de diciembre de 1939, día en que recibió la orden de no escribir más.

Al morir su confesor, el 10 de septiembre de 1922, le sucedió el canónigo Don Francesco De Benedictis, que la asistió sólo durante cuatro años, porque murió el 30 de enero de 1926. El arzobispo, monseñor Giuseppe Leo (17 de enero de 1920-20 de enero de 1939) nombró como confesor ordinario a un sacerdote joven, don Benedetto Calvi, que permaneció junto a Luisa hasta la muerte de ella, compartiendo todos los sufrimientos e incomprensiones que se abatieron sobre la Sierva de Dios en los últimos años de su vida.

Al inicio del siglo, nuestra gente tuvo la suerte de ver por la Pulla al Beato Aníbal María de Francia, que quería abrir una casa, tanto masculina como femenina, de su naciente congregación, en Trani. Cuanto tuvo noticia de Luisa Piccarreta, acudió a visitarla, y desde ese momento estas dos grandes almas estuvieron inseparablemente unidas por propósitos comunes. También otros ilustres sacerdotes frecuentaron a Luisa, como, por ejemplo, el jesuita padre Gennaro Braccali, el padre Eustachio Montemurro, que murió con fama de santidad, y Don Ferdinando Cento, Nuncio apostólico y Cardenal de la Santa Madre Iglesia.

El Beato Aníbal se convirtió en su confesor extraordinario y revisor de sus escritos, que poco a poco eran regularmente examinados y aprobados por la autoridad eclesiástica. En 1926, aproximadamente, el Beato Aníbal ordenó a Luisa que escribiera un cuaderno de memorias sobre su niñez y su adolescencia. El Beato Aníbal publicó varios escritos de Luisa, entre los que se hizo muy famoso el libro *El reloj de la Pasión*, que tuvo varias

ediciones, exactamente cuatro. El 7 de octubre de 1928, completada la casa de las religiosas de la congregación del Divino Celo en Corato, para cumplir el deseo del mismo Beato Aníbal, Luisa fue trasladada al convento. El Beato Aníbal ya había muerto con fama de santidad en Messina.

En 1938 sobre Luisa Piccarreta se abatió una tremenda tempestad: fue públicamente condenada por Roma y sus libros fueron incluidos en el Índice. Apenas conoció la condena del Santo Oficio, ella se sometió inmediatamente a la autoridad de la Iglesia. (1)

Desde Roma, enviado por las autoridades eclesiásticas, se presentó un sacerdote que le pidió todos sus manuscritos; Luisa se los entregó pacífica y prontamente. Así todos sus escritos quedaron guardados en los archivos del Santo Oficio.

El 7 de octubre de 1938, por disposiciones superiores, Luisa tuvo que abandonar el convento y encontrar una nueva habitación. Pasó sus últimos nueve años de vida en una casa, situada en la calle Maddalena, lugar que los ancianos de Corato conocen bien y de donde, el 8 de marzo de 1947, vieron salir sus restos mortales.

El estilo de vida de Luisa fue muy modesto. Poseía poco o nada. Vivía en una casa de alquiler, asistida amorosamente por su hermana Angelina y por algunas mujeres piadosas. Lo poco que poseía no bastaba ni siquiera para pagar el alquiler de la casa. Para su sustento trabajaba asiduamente con el bastidor, obteniendo lo que bastaba para mantener a su hermana, dado que ella no necesitaba ni vestidos ni calzado. Su alimento consistía en unos pocos gramos de comida, que le proporcionaba su ayudante Rosaria Bucci. Luisa no ordenaba nada, no deseaba nada, y devolvía inmediatamente el alimento que ingería. No tenía el aspecto de una persona moribunda, pero tampoco el de una persona perfectamente sana. Con todo, nunca estaba inerte; sus fuerzas se consumaban tanto en el sufrimiento diario como en el trabajo, y quien la conocía profundamente consideraba su vida un milagro continuo.

Era admirable su desprendimiento de toda ganancia que no viniera de su trabajo diario. Con firmeza rechazaba el dinero y los diversos regalos que le llegaban por cualquier motivo. Nunca aceptó dinero por la publicación de sus libros. En una ocasión, al Beato Aníbal, que le quería entregar el dinero obtenido por los derechos de autor, le respondió así: «*Yo no tengo ningún derecho, porque lo que está escrito allí no es mío*» (cf. «Prefación» al libro *El*

reloj de la Pasión, Messina, 1926). Rechazaba indignada y restituía el dinero que personas piadosas, a veces, le enviaban. zzz

La habitación de Luisa se asemejaba a un monasterio; ningún curioso podía acceder a ella. Siempre se hallaba rodeada de pocas mujeres, que vivían de su misma espiritualidad, y por algunas muchachas que frecuentaban su casa para aprender el bordado con bastidor. Precisamente de ese cenáculo salieron numerosas vocaciones religiosas. Pero su obra de formación no se limitaba sólo a las muchachas, pues muchos jóvenes fueron enviados por él a los diversos institutos religiosos y al sacerdocio.

Su jornada comenzaba muy de mañana, alrededor de las cinco, cuando acudía a la casa el sacerdote para bendecirla y celebrar la Santa Misa, oficiada por su confesor o por cualquier delegado: privilegio que le concedió León XIII y que confirmó San Pío X en el año 1907. Después de la Santa Misa, Luisa permanecía en oración de acción de gracias durante cerca de dos horas. Hacia las ocho iniciaba su trabajo, que duraba hasta el mediodía; después de la frugal comida, se quedaba sola en su habitación, en recogimiento. Por la tarde, después de alguna hora de trabajo, rezaba el Santo Rosario. Al atardecer, hacia las ocho, Luisa comenzaba a escribir su diario; alrededor de medianoche se dormía. Por la mañana se hallaba inmóvil, rígida, encogida en la cama, con la cabeza inclinada a la derecha, y era necesaria la intervención de la autoridad sacerdotal para que pudiera sentarse en la cama y dedicarse a sus ocupaciones diarias.

Luisa murió a la edad de ochenta y un años, diez meses y nueve días, el 4 de marzo de 1947, después de quince días de enfermedad, la única certificada en su vida: una fuerte pulmonía. Murió al final de la noche, a la misma hora en que todos los días la bendición del sacerdote la liberaba de su estado de rigidez. Era arzobispo monseñor Francesco Petronelli (25 de mayo de 1939-16 de junio de 1947). Luisa quedó sentada en la cama. No fue posible extenderla y -fenómeno extraordinario- su cuerpo no padeció la rigidez cadavérica, y permaneció en esa posición como siempre lo había estado.

Apenas se difundió la noticia de la muerte de Luisa, toda la población, como un torrente impetuoso, se dirigió a su casa y fue necesaria la intervención de la fuerza pública para contener a la multitud que, noche y día, acudía a ver a Luisa, mujer muy querida a su corazón. La voz que corría era: «¡*Ha muerto Luisa la Santa*!». Para contener a toda la gente que acudía a verla, con el permiso de la autoridad civil y del oficial sanitario, su cuerpo

permaneció expuesto durante cuatro días sin dar señal alguna de corrupción. Luisa no parecía muerta; se hallaba sentada en su lecho, vestida de blanco; parecía dormir, porque, como ya hemos dicho, su cuerpo no sufrió la rigidez cadavérica. En efecto, sin esfuerzo alguno se podía mover su cabeza en todas las direcciones, alzarle los brazos, plegar las manos y todos los dedos; se podía incluso subirle los párpados y observar los ojos lúcidos no velados. Todos la consideraban aún viva, inmersa en un sueño profundo. Un grupo de médicos, llamados precisamente para ello, declaró, después de examinar atentamente el cadáver, que Luisa estaba realmente muerta y que por consiguiente se debía pensar en una muerte verdadera y no en una muerte aparente, como todos imaginaban.

Luisa había afirmado que nació «al revés»; por eso, era justo que su muerte fuera «al revés» con respecto a las demás criaturas. Permaneció sentada, como había vivido siempre, y sentada tuvo que ir al cementerio, en una caja construida expresamente, con las paredes laterales y frontales de vidrio, a fin de que pudieran verla todos, como una reina en su trono, vestida de blanco, con el *Fiat* en el pecho. Más de cuarenta sacerdotes, el Cabildo y el clero local, participaron en el cortejo fúnebre; las religiosas por turnos la llevaban a hombros; una multitud inmensa de ciudadanos la rodeaba: las calles estaban increíblemente abarrotadas; incluso los balcones y los tejados de las casas se hallaban llenos de gente, y el cortejo avanzaba con gran dificultad. El funeral de la pequeña hija de la Divina Voluntad fue celebrado en la Iglesia Madre por el Cabildo entero. Todo el pueblo de Corato siguió los restos mortales hasta el cementerio. Cada uno trató de llevarse a casa un recuerdo, flores, después de haber tocado el cadáver que, pocos años después, fue trasladado a la parroquia de Santa María Greca.

En 1994, el día de la fiesta de Cristo Rey, en la Iglesia Madre, Su Excelencia Monseñor Carmelo Cassati, en presencia de un público numerosísimo y de representaciones del exterior, abrió oficialmente el proceso de beatificación de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta.

Fechas significativas

1865

Luisa Piccarreta nació, el 23 de abril, Domingo *in Albis*, en Corato (BA), de Vito Nicola y Tarantino Rosa, los cuales tuvieron cinco hijas: María, Rachele, Filomena, Luisa y Angela.

Pocas horas después del nacimiento de Luisa, su padre la envolvió en una manta y la llevó a la Iglesia Madre para el bautismo. Su madre no sufrió los dolores del parto; su nacimiento fue indoloro.

1872

Recibió la Primera Comunión el Domingo *in Albis* y ese mismo día monseñor Giuseppe Bianchi Dottula, arzobispo de Trani, le administró el sacramento de la Confirmación.

1883

A la edad de dieciocho años, ve desde el balcón de su casa a Jesús, inclinado bajo la cruz, que le dice «¡*Alma, ayúdame*!». Desde ese momento, alma solitaria, vivió en continua unión con los sufrimientos inefables de su Esposo Divino.

1888

Se hace Hija de María y Terciaria Dominica con el nombre de sor Maddalena.

1885-1947

Alma elegida, seráfica esposa de Cristo, humilde y piadosa, dotada por Dios de dones extraordinarios, víctima inocente, pararrayos de la Divina Justicia, en los sesenta y dos años ininterrumpidos que estuvo en cama fue Heraldo del Reino de la Divina Voluntad.

4 de marzo de 1947

Llena de méritos, en la luz eterna del Querer Divino, concluyó, como vivió, sus días, para triunfar con los ángeles y los santos en los esplendores eternos de la Divina Voluntad.

7 de marzo de 1947

Sus restos mortales, durante cuatro días, permanecieron expuestos a la veneración de una inmensa multitud de fieles que se dirigían a su casa para mirar por última vez a Luisa la Santa, tan querida a su corazón. El funeral fue un auténtico triunfo; Luis pasó, como una reina, llevada a hombros, en medio de alas de pueblo. Todo el clero, tanto secular como religioso, acompañó los restos de Luisa. La liturgia fúnebre se celebró en la Iglesia Madre, con la participación del Cabildo entero. Por la tarde, Luisa fue sepultada en la capilla gentilicia de la familia Calvi.

3 de julio de 1963

Sus restos mortales fueron definitivamente enterrados en Santa María Greca.

20 de noviembre de 1994

Fiesta de Cristo Rey. Monseñor Cassati, en la Iglesia Madre de Corato, en presencia de un público numerosísimo, tanto local como del exterior, abrió oficialmente el proceso de beatificación de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta.

***

La primera estampita de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, publicada en el año 1948 con el *imprimatur* del Arzobispo Fr. Reginaldo Addazi, O.P.

***

Confesores y consejeros espirituales

1. Padre Cosme Loiodice fraile y primer confesor
2. Don Michele De Benedictis confesor de Luisa niña, nombrado, en 1884, su confesor oficial con mandato del obispo, mons. Giuseppe B. Dottula
3. Don Gennaro Di Gennaro párroco de San José, confesor de 1898 a 1922; por obediencia, ordenó a la Sierva de Dios que escribiera todo lo que día a día le revelaba el Señor
4. Padre Aníbal María de Francia de 1919 a 1927, por mandato del obispo, fue su confesor extraordinario; revisor eclesiástico de los escritos de la Sierva de Dios; publicó algunos de sus escritos, entre ellos *El reloj de la Pasión*
5. Mons. Ferdinando Cento nuncio apostólico y cardenal de la Santa Iglesia Romana
6. Don Francesco De Benedictis confesor de 1922 a 1926, sucedió a Don Gennaro Di Gennaro
7. Don Felice Torelli párroco de Santa María Greca
8. Don Ciccio Bevilacqua coadjutor de la Iglesia Madre, confesor ocasional
9. Don Luca Mazzilli coadjutor, confesor ocasional
10. Don Benedetto Calvi último confesor estable, de 1926 a 1947, por mandato del arzobispo mons. Giuseppe Leo

Don Peppino Ferrara, celebrante ocasional.

Don Vitantonio Patruno, celebrante ocasional.

Don Clemente Ferrara, arcipreste y celebrante ocasional.

Don Cataldo Tota, rector del Seminario de Bisceglie y párroco de la iglesia de San Francisco.

Mons. Michele Samarelli, vicario general de Bari.

Mons. Ernesto Balducci, vicario general de Salerno.

Mons. Luis D'Oria, padre espiritual del Seminario Regional de Molfetta y vicario general de Trani.

También muchos otros sacerdotes, religiosos y seglares, que no citamos, se dirigían periódicamente, por diversos motivos, a la casa de la Sierva de Dios.

***

Los obispos (2)

1.-Mons. Bianchi Dottula Giuseppe 1848-1892

2. Mons. Marinangeli Domenico 1893-1898

3. Mons. de Stefano Tommaso 1898-1906 [Luisa comienza a escribir sus diarios].

4. Mons. Vaccaro Giulio 1906, administrador

5. Mons. Carraro Francesco P. 1906-1915

6. Mons. Regime Giovanni 1915-1918

7. Mons. Tosi Eugenio 1918-1920, administrador

8. Mons. Leo Giuseppe M. 1920-1939

9. Mons. Petronelli Francesco 1939-1947. Murió el 16 de junio de 1947, tres meses después de la piadosa muerte de Luisa Piccarreta.

10. Mons. Addazi Reginaldo G.M. 1947-1971. Dio a Luisa el título de Sierva de Dios y permitió la divulgación de la estampita con una oración.

11. Mons. Carata Giuseppe desde 1971, emérito. En 1986 dio inicio, con aprobación canónica, a la Asociación del Querer Divino, en Corato, después de un camino de un decenio. Simultáneamente, impulsado por el Cardenal Palazzini, Prefecto de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, ordenó recoger los testimonios sobre la Sierva de Dios.

12. Mons. Cassati Carmelo, emerito. Abrió el proceso de beatificación de Luisa Piccarreta, en el día de la fiesta de Cristo Rey, en 1994.

13. Mons. Pichierri Giovanni Battista, actual arzobispo de Trani. A él le corresponde la prosecución de la causa de beatificación de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta.

Lista de los escritos de Luisa Piccarreta

Fechas de los diarios escritos por Luisa Piccarreta en obediencia a sus confesores.

Luisa, también para sus escritos, debía depender únicamente de la autoridad de la Iglesia.

En efecto, con suma renuencia, sometiéndose a la obediencia, comenzó a escribir el 28 de febrero de 1899.

Volúmenes Fechas

Volumen I y II del 28 de febrero al 30 de octubre de 1899

Volumen III del 1 de noviembre de 1899 al 4 de septiembre de 1900

Volumen IV del 5 de septiembre de 1900 al 18 de marzo de 1903

Volumen V del 19 de marzo al 30 de octubre de 1903

Volumen VI del 1 de noviembre de 1903 al 16 de enero de 1906

Volumen VII del 30 de enero de 1906 al 30 de mayo de 1907

Volumen VIII del 23 de junio de 1907 al 30 de enero de 1909

Volumen IX del 10 de marzo de 1909 al 3 de noviembre de 1910

Volumen X del 9 de noviembre de 1910 al 10 de febrero de 1912

Volumen XI del 14 de febrero de 1912 al 24 de febrero de 1917

Volumen XII del 16 de marzo de 1917 al 26 de abril de 1921

Volumen XIII del 1 de mayo de 1921 al 4 de febrero de 1922

Volumen XIV del 4 de febrero al 24 de noviembre de 1922

Volumen XV del 28 de noviembre de 1922 al 14 de julio de 1923

Volumen XVI del 23 de julio de 1923 al 6 de junio de 1924

Volumen XVII del 10 de junio de 1924 al 4 de agosto de 1925

Volumen XVIII del 9 de agosto de 1925 al 21 de febrero de 1926

Volumen XIX del 23 de febrero al 15 de septiembre de 1926

Volumen XX del 17 de septiembre de 1926 al 21 de febrero de 1927

Volumen XXI del 23 de febrero al 26 de mayo de 1927

Volumen XXII del 1 de junio al 14 de septiembre de 1927

Volumen XXIII del 17 de septiembre de 1927 al 11 de marzo de 1928

Volumen XXIV del 19 de marzo al 3 de octubre de 1928

Volumen XXV del 7 de octubre de 1928 al 4 de abril de 1929

Volumen XXVI del 7 de abril al 20 de septiembre de 1929

Volumen XXVII del 23 de septiembre de 1929 al 17 de febrero de 1930

Volumen XXVIII del 22 de febrero de 1930 al 8 de febrero de 1931

Volumen XXIX del 13 de febrero al 26 de octubre de 1931

Volumen XXX del 4 de noviembre de 1931 al 14 de julio de 1932

Volumen XXXI del 24 de julio de 1932 al 5 de marzo de 1933

Volumen XXXII del 12 de marzo al 10 de noviembre de 1933

Volumen XXXIII del 19 de noviembre de 1933 al 24 de noviembre de 1935

Volumen XXXIV del 2 de diciembre de 1935 al 2 de agosto de 1937

Volumen XXXV del 9 de agosto de 1937 al 10 de abril de 1938

Volumen XXXVI del 12 de abril al 28 de diciembre de 1938

***

NOTAS

1) He aquí el texto que la Sierva de Dios envió a su obispo en esa ocasión::

Fiat! In Voluntate Dei! Yo, la abajo firmante, al conocer el decreto mediante el cual, con fecha 13 de julio de 1938, la Suprema Congregación del S. Oficio condenaba al Índice algunos libros por mí escritos y publicados: 1º) El reloj de la Pasión de N.S.J.C. *con un tratado de la Divina Voluntad*; *2º)* En el Reino de la Divina Voluntad; *espontánea y prontamente cumplo el deber de alma cristiana de expresar mi incondicional, pronta, plena y absoluta sumisión al juicio de la S. Iglesia Romana, por la que, sin restricción alguna, repruebo y condeno cuanto la Suprema Congregación del S. Oficio reprueba y condena en mis citados escritos publicados, en el sentido que la misma Suprema Congregación entiende. Esta declaración la someto igualmente a mi amadísimo Arzobispo Mons. Don Giuseppe M. Leo, implorando de él la caridad paterna de hacerla llegar, por su medio, al S. Oficio*

Me firmo

Luisa Piccarreta de Corato

2) Publicamos la lista de los obispos que se sucedieron en la Diócesis de Trani durante la vida de Luisa Piccarreta y los que han intervenido en su causa de beatificación.

CAPÍTULO SEGUNDO

El Reino de la Divina Voluntad

«Y ahora una palabra a todos los que leáis estos escritos... Os pido, os suplico que recibáis con amor lo que Jesús quiere daros, es decir, Su Voluntad.

Pero para daros la Suya, quiere la vuestra; de lo contrario, no podrá reinar aquella. Si supieseis... ¡Con este amor mi Jesús quiere daros el don más grande que exista en el Cielo y en la tierra, como es Su Voluntad!

¡Oh, cuán amargas lágrimas derrama Él, porque ve que con vuestro querer os arrastráis por toda la tierra empobrecida! No sois capaces de cumplir un buen propósito, y ¿sabéis por qué? Porque Su Querer no reina con vosotros.

¡Oh, cómo llora Jesús, suspira por vuestra suerte! Y, sollozando, os pide que hagáis reinar Su Querer en vosotros. Quiere hacer que cambie vuestra suerte: de enfermos, sanos; de pobres, ricos; de débiles, fuertes; de volubles, inmutables; de esclavos, reyes. No quiere grandes penitencias, ni largas oraciones, ni ninguna otra cosa; sólo quiere que reine en vosotros Su Querer, y que ya no exista vuestra voluntad.

¡Ah! Escuchadlo, y yo estoy dispuesta a dar la vida por cada uno de vosotros, a sufrir cualquier pena, con tal de que abráis las puertas de vuestra alma, y el Querer de mi Jesús reine y triunfe en las generaciones humanas.

Ahora aceptad todos mi invitación; venid conmigo al Edén, donde tuvo principio vuestro origen, donde el Ser Supremo creó al hombre, lo hizo rey y le dio un reino para que dominara; este reino era todo el universo, pero su cetro, su corona, su autoridad venían del fondo de su alma, en donde residía el *Fiat* Divino, como Rey dominador, y constituía la verdadera realeza en el hombre. Sus vestiduras eran reales, más resplandecientes que el sol; sus actos eran nobles; su belleza era arrebatadora. Dios lo amaba mucho, se entretenía con él, lo llamaba mi pequeño rey e hijo. Todo era felicidad, orden y armonía.

Este hombre, nuestro primer padre, se traicionó a sí mismo, traicionó su reino, y, haciendo su voluntad, entristeció a su Creador, que tanto lo había exaltado y amado, y perdió su reino, el reino de la Divina Voluntad, en el que le había sido dado todo. Las puertas del reino se le cerraron, y Dios retiró a Sí el reino dado al hombre. Y mientras tanto, escuchad un secreto mío.

Dios, al retirar a Sí el reino de la Divina Voluntad, no dijo que ya no lo volvería a dar al hombre, sino que lo tuvo en la reserva, esperando a las futuras generaciones, para colmarlas de gracias sorprendentes, de luz deslumbrante, capaz de eclipsar el querer humano, que le hizo perder un reino tan santo; y con atractivos de admirables y prodigiosos conocimientos de la Divina Voluntad, hacerles sentir la necesidad, el deseo de renunciar a nuestro querer, que nos hace infelices, y arrojarnos en la Divina Voluntad. Así pues, el reino es nuestro. Por eso, ¡ánimo!

El *Fiat* Supremo nos espera, nos llama, nos urge a tomar posesión de él. ¿Quién tendrá el valor de negarse?, ¿quién será tan pérfido que no escuche su llamada y no acepte tanta felicidad?

Dejemos los miserables andrajos de nuestra voluntad, el vestido de luto de nuestra esclavitud, en el que nos ha arrojado, y nos vestiremos como reinas, y nos adornaremos con galas divinas.

Por eso, hago a todos un llamamiento: ¡Escuchadme! Como sabéis, soy una Pequeñita, la más pequeña de todas las criaturas... Me bilocaré en el Querer Divino juntamente con Jesús, iré como una pequeña a vuestro seno, y con gemidos y llanto llamaré a vuestros corazones, para pediros, como una pequeña mendiga, vuestros andrajos, los vestidos de luto, vuestro infeliz querer, para dárselo a Jesús; a fin de que lo queme todo, y, devolviéndoos Su Querer, os dé Su reino, Su felicidad, la blancura de Sus vestidos reales. ¡Si supieseis lo que significa Voluntad de Dios...! Encierra el Cielo y la tierra; si estamos con Ella, todo es nuestro, todo toma de nosotros; si no estamos con Ella, todo va contra nosotros; y si tenemos algo, somos los auténticos ladrones de nuestro Creador, y vivimos de fraude y de robo.

Por eso, si queréis conocerla, leed estas páginas: en ellas encontraréis el bálsamo para las heridas, que cruelmente nos ha hecho el querer humano, el nuevo aire totalmente divino, la nueva vida totalmente celestial; sentiréis el Cielo en vuestra alma, veréis nuevos horizontes, nuevos soles, y a menudo hallaréis a Jesús con el rostro bañado en llanto, que quiere daros Su Querer. Llora porque os quiere ver felices, y, al veros infelices, suspira, ruega por la felicidad de Sus hijos; y, pidiéndoos vuestro querer para arrancaros de la infelicidad, os brinda el Suyo, como confirmación del don de Su Reino.

Por eso, hago un llamamiento a todos. Y hago este llamamiento juntamente con Jesús, con Sus mismas lágrimas, con Sus suspiros ardientes, con Su Corazón que arde, que quiere dar Su *Fiat*. Del *Fiat* hemos salido, recibimos la vida; por eso, es justo y necesario que volvemos a Él, a nuestra querida e interminable herencia.

Y, en primer lugar, hago un llamamiento al Sumo Pontífice, a Su Santidad, al Representante de la Santa Iglesia y, por consiguiente, Representante del Reino de la Divina Voluntad. A sus santos pies esta Pequeña deposita esta reino, para que lo dé a conocer; y, con su voz paterna y autorizada, llame a sus hijos a vivir en este reino tan santo. Que el *Fiat* Supremo lo envuelva, y forme el primer Sol del Querer Divino en su Representante en la tierra; y, formando su vida primaria en Aquel que es el jefe de toda la Iglesia, extienda sus rayos interminables a todo el mundo, y, eclipsando a todos con su luz, forme un solo rebaño y un solo Pastor.

El segundo llamamiento lo hago a todos los sacerdotes. Postrada a los pies de cada uno, pido, imploro, que se interesen por conocer la Divina Voluntad. Y les digo: el primer movimiento, el primer acto tomadlo de Ella, más aún, encerraos en el *Fiat*, y sentiréis cuán dulce y querida es su vida; sacaréis de ella toda vuestra actividad; sentiréis en vosotros una fuerza divina, una voz que siempre habla, que os dirá cosas admirables, jamás escuchadas; percibiréis una luz que eclipsará todos los males y, conmoviendo a los pueblos, os dará el dominio sobre ellos.

¡Cuántos esfuerzos hechos sin fruto, porque falta la vida de la Divina Voluntad! Habéis dado a los pueblos un pan sin la levadura del *Fiat*, y por eso ellos, al comerlo, lo han encontrado duro, casi indigerible; y, al no sentir la vida en ellos, no se han rendido a vuestras enseñanzas. Por eso, comed vosotros este pan del *Fiat* Divino; así formaréis con todos su vida y una sola voluntad.

El tercer llamamiento lo hago al mundo entero, a todos mis hermanos y hermanas e hijos míos. ¿Sabéis por qué os llamo a todos? Porque quiero dar a todos la vida de la Divina Voluntad. Es más que el aire, que todos podemos respirar; es como el sol, del que todos podemos recibir el bien de la luz; es como un latido del corazón, que en todos quiere palpitar; y yo, como niña pequeña, quiero, suspiro por que todos recibáis la vida del *Fiat*. ¡Oh!, si supieseis cuántos bienes recibiríais, daríais la vida por hacer que reinara en todos vosotros.

Esta Pequeñita os quiere decir otro secreto, que le ha confiado Jesús; y os lo digo para que me deis vuestra voluntad y, en cambio, recibáis la de Dios, que os hará felices en el alma y en el cuerpo.

¿Queréis saber por qué la tierra no produce?, ¿por qué en varios lugares del mundo la tierra, con los terremotos, a menudo se abre y sepulta en su seno a ciudades y personas?, ¿por qué el viento y el agua forman tempestades y devastan todo?, ¿por qué existen tantos males, que todos conocéis?

Porque las cosas creadas poseen una Voluntad Divina, que las domina, y por eso son poderosas y dominadoras; son más nobles que nosotros, porque nosotros estamos dominados por una voluntad humana, y por eso somos viles, débiles e impotentes. Si por nuestra suerte renunciamos a la voluntad humana y tomamos la vida del Querer Divino, entonces también nosotros seremos fuertes, dominadores; seremos hermanos de todas las cosas creadas, las cuales no sólo ya no nos molestarán, sino que nos darán el dominio sobre ellas, y seremos felices en el tiempo y en la eternidad.

¿Estáis contentos? Así pues, apresuraos: escuchad a esta pobre Pequeñita que os quiere tanto. Y yo estaré contenta entonces, cuando pueda decir que todos mis hermanos y hermanas son Reyes y Reinas, porque todos poseen la vida de la Divina Voluntad.

¡Animo!, pues; responded a mi llamamiento.

Sí, suspiro por que todos a coro me respondáis: y mucho más, porque no soy yo sola la que llamo, la que os lo pido: junto conmigo, os llama, con voz tierna y conmovedora, mi dulce Jesús, que tantas veces, incluso llorando, nos dice: «*Tomad para vuestra vida mi Voluntad; venid al reino de Ella*».

Sabed que el primero en rogar al Padre Celestial para que venga Su Reino y se haga su Voluntad en la tierra como en el Cielo, fue Nuestro Señor, cuando dijo el *Pater Noster*, y transmitiéndonos Su oración, nos llamó a nosotros, y nos invitó a todos a pedir el «*Fiat Voluntas Tua sicut in coelo et in terra*».

Por eso, cada vez que recéis el *Pater*, Jesús siente tan gran deseo de querer daros su Reino, su *Fiat*, que corre a decir junto con nosotros: «*Padre mío, soy yo quien te lo pido para mis hijos, apresúrate*». Por tanto, el primero que ora es Jesús mismo, y luego también vosotros lo pedís en el *Pater*. Así pues, ¿no queréis un bien tan grande?

Una última palabra.

Sabed que esta Niña pequeña, al ver los anhelos, los delirios, las lágrimas de Jesús, deseoso de daros su Reino, su *Fiat*, tiene tanto anhelo, tantos suspiros, tantas ansias de veros a todos en el Reino de la Divina Voluntad, a todos felices para hacer sonreír a Jesús, que, si no lo logra con oraciones, con lágrimas, tratará de lograrlo con caprichos, tanto ante Jesús como ante vosotros.

Escuchad, por tanto, a esta Pequeñita; no la hagáis suspirar más; decidle, por favor: «*así sea, así sea... Todos queremos el reino de la Divina Voluntad. Fiat*» (1).

Algunas oraciones inéditas (2)

Me encierro en tu querer

Jesús mío, me encierro en Tu Querer para respirar con tu respiración, para respirar con la respiración de todos y cambiarlos en muchos besos cariñosos.

Hago que mis palpitaciones se realicen en Tu Querer para decirte con todas las palpitaciones: «Te amo, Te amo», y, moviéndome en Tu Querer, te doy los abrazos de todos, para que, estrechada a Ti, abrazada por Tus brazos, nadie más Te ofenda y todos Te amen, Te adoren, Te bendigan y hagan todos Tu Santa Voluntad.

Tú eres mi guía

Dulce Jesús mío, enciérrame en Tu Voluntad, para que no vea, no sienta, no toque más que Tu Santo Querer, y con su fuerza forme santos, Jesús, en mis actos para llenar el Cielo y la tierra de la vida Divina.

Madre Reina, sé Tú mi guía, mi maestra y no permitas que haga ni siquiera una sola respiración sin la Divina Voluntad.

Toma mi voluntad

Jesús mío, dame Tu Voluntad y toma la mía, para que me haga santa con Tu santidad, ame con Tu amor, palpite con Tu corazón, camine con Tus pasos, repare con Tus reparaciones y forme con mi palabra un Jesús en los corazones de quienes me escuchan.

Madre Reina, escóndeme bajo Tu manto, para que me protejas de todo y de todos.

***

NOTAS

1) Este llamamiento fue escrito por la Sierva de Dios en el año 1924.

2) Los títulos no son originales. Por lo general, son palabras tomadas de las oraciones que expresan el tema de las mismas. Las oraciones se encontraron entre los objetos personales de Rosaria Bucci. Ahora forman parte de mi archivo privado sobre la Sierva de Dios.

CAPÍTULO TERCERO

La epiléptica curada

Mi tía Rosaria, que nació el 4 de abril de 1898, última de una numerosa prole, era, como decía mi abuela, la única hija «desafortunada» de la familia, pues sufría crisis epilépticas. Además, a causa de un banal accidente, le amputaron las falanges de los dedos medio, anular y meñique de la mano derecha.

Mi abuela, con la esperanza de una curación, la llevó a Luisa, a cuya habitación acudía un grupo de muchachas a las que ella enseñaba el bordado con bastidor. Pidió a Luisa que la incluyera entre ellas, de modo que pudiera aprender el oficio. Mi tía Rosaria, en aquella época, tenía sólo nueve años, aunque aparentaba muchos más. Estamos en enero de 1907; era un día muy frío y lluvioso. Luisa ya era famosa en todo Corato y todos la llamaban Luisa la Santa. Luisa Piccarreta no era sólo una mujer de vida santa, respetada por todos, sino también una obrera social. En efecto, había creado en su casa una escuela de bordado con bastidor, que en aquellos tiempos constituía una notable promoción social para muchas chicas que salían del ambiente pueblerino o campesino. (1)

He aquí cómo tuvo lugar el encuentro...

Eran cerca de las diez de la mañana cuando mi abuela se dirigió, con mi tía, a la casa de Luisa, en la calle Nazario Sauro, llamada calle del Hospital. Salió a abrir la puerta la mamá de Luisa, ya avanzada en años, que se puso a conversar con mi abuela, preguntándole por algunos familiares. (2)

Concluida la conversación, la mamá de Luisa acompañó a las dos a la habitación de su hija, la cual, estando en la cama, impartía a las muchachas lecciones de bordado.

Angelina, la hermana de Luisa, hizo salir a las muchachas que estaban bordando, llevó una silla, sobre la que se sentó mi abuela, y las dos comenzaron a hablar.

Este es el testimonio de mi tía. «*Ambas hablaron de diversos temas, que yo no recuerdo bien, como dos viejas amigas que se encontraban después de mucho tiempo. Por último, mi madre besó a Luisa y se fue. Intuí que las dos hablaron también de mí y que Luisa había accedido a la solicitud de mi madre. Cuando me quedé sola con Luisa, me miró profundamente con una mirada de benevolencia, como si me quisiera animar. Yo no sospechaba nada de lo que me sucedería a continuación: me quedaría a su lado ininterrumpidamente durante cuarenta años*».

Algunos días después, mi tía sufrió una repentina crisis epiléptica, precisamente mientras le enseñaban los primeros rudimentos del bordado con bastidor. Mi tía nunca ha narrado el episodio, dado que era más bien esquiva y reservada con respecto a todo lo que se refería a Luisa, y raramente hablaba de ello en casa. El hecho me lo relató mi madre, que lo supo de una amiga suya que estuvo presente en el momento en que sucedió.

Apenas cayó a tierra mi tía, con la lengua fuera, llena de espuma por la crisis epiléptica, las muchachas que estaban allí se asustaron y escaparon, mientras Angelina, hermana de Luisa, acudió en ayuda de mi tía. Entretanto, Luisa no se alteró en lo más mínimo, como si el caso no le afectara para nada, y continuó su trabajo. Una muchacha, que a pesar del susto se quedó en su lugar, atestigua: «*Luisa, apenas vio a Rosaria por tierra, alzó los ojos al cielo y pronunció estas palabras: "Señor, si la has puesto a mi lado, la quiero sana". Y continuó su trabajo*». Por el gran alboroto que se creó, nadie dio importancia a la oración de Luisa.

Sea o no verdad esta oración, desde aquel momento mi tía Rosaria no volvió a sufrir crisis epilépticas. Vivió hasta los ochenta años y murió por una crisis diabética (eso es lo que le diagnosticaron). Su enfermedad duró un día y medio.

***

La campanilla de la discordia

Mi tía Rosaria, copropietaria de los bienes de la familia, había renunciado prácticamente a la mitad de sus beneficios, que en esa época podían considerarse notables, en favor nuestro, porque éramos una familia numerosa, seis hijos, todos estudiantes. Venía casi todos los días a comer a casa y se sentía dueña de la situación. La labor que llevaba a cabo mi tía en casa era muy valiosa, especialmente en el desempeño de los quehaceres domésticos: ayudaba en la cocina, preparaba la mesa y ayudaba a recoger la vajilla antes de irse.

Esta contribución suya era muy apreciada, porque mi madre era profesora y todos nosotros estudiantes, y difícilmente podíamos realizar los quehaceres de la casa. Las pocas veces que mi tía Rosaria no acudía, todo era confusión y prisas. Recuerdo que cuando volvíamos de la escuela encontrábamos a mi tía Rosaria siempre dispuesta a recomendarnos que nos limpiáramos las manos e hiciéramos la señal de la cruz antes de comenzar la comida.

Algunas veces, sin embargo, mostraba signos de rarezas, que suscitaban murmullos por nuestra parte y, particularmente, por parte de mi madre. Su modo de actuar nos parecía insolente, desafiante, como si quisiera afirmar que la ama de casa era ella.

Eso dependía también de su carácter fuerte y adusto, que difícilmente hacía confidencias.

Su presencia producía en todos cierto embarazo; nadie en casa se atrevía a pronunciar palabras incorrectas, y ella difícilmente accedía a nuestros deseos; nunca nos dio regalitos o dinero. Era disponible sólo si mostrábamos el deseo de confesarnos o de ir a la iglesia, especialmente a la misa de la tarde, a la que ella nunca faltaba. Frecuentaba habitualmente la parroquia de Santa María Greca y su lugar estaba en la capilla del Santísimo, arrodillada, en el rincón acostumbrado. Cuando la buscábamos para algunos asuntos de familia, si no estaba en casa de Luisa, la encontrábamos en su lugar habitual en la iglesia, de rodillas. Un día le pregunté: «¿No te duelen las rodillas?». Me sonrió y no respondió a mi pregunta, pero añadió: «*En aquel lugar se arrodillaba Luisa cuando podía ir a la iglesia. En aquel lugar es donde Luisa hablaba con Jesús*».

Su extraño modo de actuar nos molestaba y, por ese motivo, en nuestra casa se podían escuchar a veces algunas críticas. Las causas de los pleitos en familia, especialmente entre mi tía y mi madre, eran los siguientes.

Muchas veces, mientras estábamos comiendo, mi tía se levantaba de prisa, se ponía el abrigo y se marchaba.

Otras veces, mientras se discutía de asuntos importantes de familia, cortaba la conversación y se iba. Este modo de comportarse nos dejaba a todos desconcertados, porque no tenía una explicación lógica. Por eso, la tía Rosaria era considerada una mujer falsa e hipócrita, y mi madre atribuía esas actitudes a su soberbia. Sólo mi padre, que sentía gran afecto por su hermana, mantenía el equilibrio y la excusaba siempre, provocando la ira de mi madre, que se sentía ofendida por la poca consideración que él tenía por las observaciones sobre mi tía.

Los hijos estábamos de parte de nuestra madre, y a la tía Rosaria la considerábamos la oveja negra de la familia, objeto de nuestros sarcasmos. Era necesaria la intervención de nuestra madre para moderar nuestro celo indiscreto. A pesar de todo, mi madre sentía gran estima por la tía Rosaria y nos exhortaba: «*Recordad que es siempre un alma consagrada*».

Tal vez lo más chocante era que al día siguiente la tía Rosaria se presentaba en casa como si nada hubiera pasado y nunca respondía a las explicaciones que mi madre le pedía por su actitud.

Ya siendo sacerdote, cuando mi tía era ya muy anciana y se veía rodeada de la veneración de la familia, le pregunté el porqué de aquel modo suyo de actuar. Ella me dijo: «*¿De verdad quieres saberlo? ¿Tanto te interesa?*». «Sí», le respondí.

Entonces comenzó a hablar así: «*Yo sufría muchísimo por las incomprensiones, pero se trababa de pruebas tremendas a las que el Señor me sometía para ser digna custodia de Luisa. Ella pasaba muchas horas del día en oración. Yo intuía cuándo quería quedarse sola y, sin que me dijera nada, me levantaba del trabajo del bordado, le quitaba de sus manos el bastidor, lo dejaba sobre la mesa, hacía que todos salieran de su habitación, cerraba las cortinillas de la cama, cerraba también su habitación, y el trabajo continuaba en silencio en la habitación contigua. Pasaban muchas horas y cuando escuchaba la campanilla, entraba yo sola a la habitación de Luisa, abría las cortinillas de la cama, volvía a poner el bastidor entre sus manos de modo que todos, al entrar nuevamente, la encontraran como la habían dejado, dedicada al trabajo. También por la mañana, estando aún en la cama, sólo yo escuchaba la campanilla, algunas veces hacia las tres o las cuatro. Su hermana, Angelina, farfullaba porque se despertaba al sentir que yo me levantaba. Yo acudía a la habitación de Luisa y la encontraba como muerta, sin signos de vida, inmóvil. Le arreglaba el cabello y le acomodaba los almohadones que tenía detrás de la espalda, que muchas veces encontraba por el suelo. Hay que notar que los almohadones (tres) estaban colocados detrás de la espalda de Luisa..., pero Luisa no se apoyaba nunca: sólo servían para cubrir el vacío que había entre ella y la cabecera de la cama. Después de arreglar a Luisa, preparaba el altar para la Santa Misa. Cuando llegaba el sacerdote para la celebración, lo hacía entrar a él solo a la habitación. Él le hacía la señal de la cruz sobre el cuerpo y le devolvía la vida. Una vez que Luisa había vuelto a la normalidad, todas las demás personas entraban para asistir a la Santa Misa, incluido el monaguillo, que nunca faltaba. Luisa asistía a la Santa Misa como si estuviera en éxtasis, con grandísima devoción, respondiendo perfectamente en latín. Después de la comunión, todos salían, mientras Luisa se sumergía en una larga y profunda acción de gracias, que duraba más de una hora. Hacia las nueve de la mañana sonaba la campanilla, entrábamos a su habitación y comenzaba el trabajo de bordado. Yo trabajaba junto a Luisa y usábamos los mismos husillos, el mismo hilo y los mismos alfileres, y yo corregía los trabajos de Luisa porque quedaban un poco flojos, dado que ella no tenía la fuerza suficiente para tirar de*

los hilos debido al dolor que sentía en las manos, a causa de los estigmas que llevaba impresos».

Al llegar a este punto, la interrumpí y le dije: «¡Pero yo nunca he visto los estigmas en sus manos!».

Me respondió: «*Ciertamente, porque eran internos y sólo yo y pocas personas más los hemos visto. Entre estas, los confesores y las hermanas Cimadomo, y me parece que también su nieta Giuseppina. En efecto, si se tomaba la mano de Luisa y se la ponía frente al sol, era visible el agujero interno. Muchas veces, cuando entraba yo de noche en su habitación, la encontraba toda llena de sangre. De los pies, de las manos y del costado salía sangre, hasta el punto de que impregnaba la camisa que vestía y la cama. A veces la sangre llegaba hasta el suelo. No sólo el cuerpo, sino también la cabeza y el rostro estaban llenos de sangre: parecía un Cristo crucificado. Las primeras veces me llevé una fuerte impresión, creyéndola muerta desangrada y corrí a tomar toallas para limpiarla, pero al volver la encontraba totalmente limpia, a excepción de la sábana. Todo había desaparecido. Este fenómeno sucedía dos o tres veces al año*».

«Pero tú -le dije-, ¿has hablado alguna vez de este fenómeno?».

«*No* -me respondió-. *Sólo Don Benedetto Calvi lo conocía. Él me prohibió absolutamente hablar de este fenómeno y dijo que me negaría la absolución si hubiera tenido la imprudencia de narrarlo a alguien. Eres el único que lo sabe y espero que Luisa no lo tome a mal*».

Luego, después de un breve silencio, continuó: «*Te pido por favor que no divulgues este fenómeno*».

Me dio la impresión de que estaba arrepentida de haberlo dicho, pues era la primera vez que lo narraba.

Este fenómeno relativo a la vida de Luisa, como otros muchos, ha permanecido ignorado.

Mi tía, después de una larga pausa, prosiguió: «*Luisa, por lo general, trabajaba sólo para las iglesias; bordaba manteles para altares, albas y roquetes para sacerdotes. Algunas veces, tras ruegos insistentes, bordaba cubrecamas para matrimonios jóvenes. Luisa sentía una debilidad particular por la santificación de las familias y muchos esposos jóvenes acudían a ella para pedirle consejo. ¡Cuánto bien hizo y cuántas familias salvó del fracaso! Yo salía de casa cuando Luisa se encerraba a orar; cuando volvía, poco después,*

sonaba la campanilla, por lo que me sentía muy tranquila. Cuando me tenía que alejar durante algunos días, me suplía su nieta Giuseppina. Pero algunas veces, mientras me encontraba lejos, en casa o en la iglesia, o en casa de alguna amiga, escuchaba la campanilla, interrumpía cualquier cosa, incluso la comida, y corría a casa de Luisa. Por este modo de comportarme me consideraban rara, no sólo personas de la familia, sino también otras gentes. No podía dar explicaciones, porque el sonido de la campanilla sólo lo escuchaba yo y, si lo hubiera dicho a los demás, me hubieran tomado por loca y visionaria; por eso, callaba y cuando me preguntaban el porqué de esa actitud trababa de cambiar de tema, fingiendo que no había escuchado. Todo ello me producía un sufrimiento enorme. Muchas veces, después de una carrera afanosa, encontraba aún a Luisa en oración».

Le pregunté: «Y ¿quién tocaba la campanilla?».

«*Esto no lo sé*», respondió.

«Y Luisa, ¿qué decía?».

«*Nada*».

«Y tú, ¿qué hacías?».

«*Me ponía de rodillas al lado de su cama y oraba*».

«Pero tú, ¿no notabas nada durante la oración de Luisa? ¿Es verdad lo que se decía de Luisa, que muchas veces se encontraba suspendida en el aire?».

«*De estas cosas no puedo hablar. Luisa siempre me prohibió que hablara de ellas. Sólo el confesor lo sabía todo y era el depositario de sus fenómenos extraordinarios. Luisa, por su parte, siempre fingía que no pasaba nada, y no permitía que se dijera ni una sola palabra sobre ello. Todo debía ser sometido a la autoridad del sacerdote y sólo él podía decir si esos fenómenos se podían divulgar. Luisa no hacía nada y no escribía nada sin la autorización del confesor. Hasta tal punto se sometía a la autoridad de la Iglesia, que nada debía saberse, escribirse o divulgarse sin el consentimiento de la misma. En esta línea se podrá saber todo de Luisa; todo está registrado en sus escritos*».

Yo añadí: «Pero sus escritos no pueden decir todo sobre su vida, porque la vida de Luisa es mucho más compleja».

«*Esto es verdad* -me respondió-. *Yo podría decir muchas cosas que nadie sabe*».

«Y ¿por qué te obstinas en callar?». «*Si Luisa hubiera querido que se supieran, las habría escrito o la Iglesia le habría ordenado escribirlas. Es evidente que ciertos fenómenos que se verificaban, de los que yo y otras personas fuimos testigos, no son útiles para la santificación de las almas. El Señor ha permitido que se conociera todo lo que es útil para la Iglesia y para las almas; lo demás no sirve. Al hablar de ello, me parece que estoy profanando la intimidad que se creaba entre Dios y Luisa; los hombres no comprenderían. El mensaje que Luisa dejó supera a su misma persona. Luisa quería que sólo el Señor recibiera todo el honor y la gloria, y su persona debía desaparecer en la nada; por eso amaba la soledad, el silencio, y se molestaba mucho cuando notaba que su persona era objeto de veneración por parte de la gente, porque se consideraba sólo una pobre enferma, necesitada de todo. Yo y las otras sabíamos muy bien que Luisa no tenía necesidad de nada, y nosotras debíamos ser las custodias de su misterio. ¡Cuántas veces por la mañana me encontraba a Luisa totalmente arreglada, con el altar ya preparado para la Santa Misa, con las velas encendidas*!».

«Y, ¿cómo sucedía esto, si Luisa nunca puso los pies en el suelo durante casi setenta años? ¿Estás segura de lo que dices?».

«*Segurísima. Porque sólo yo entraba en su habitación*».

«¿Nunca buscaste una explicación?».

«*Pensé que los ángeles la servían, especialmente su ángel de la guarda, al que tenía gran devoción. Muchas veces su habitación se encontraba completamente perfumada*».

«¿Los demás percibían ese perfume?».

«*Sí, todos los que asistían a la Santa Misa. Recuerdo que una vez Don Cataldo De Benedictis, que había ido a celebrar la Santa Misa debido a la ausencia del confesor, me dijo: "No eches perfume en la habitación; de lo contrario saldré mareado". Yo le aseguré que nadie había echado perfume, pero él no me creyó*».

«¿Es verdad que Luisa devolvía absolutamente todo lo que comía?».

«*Sí. Este fenómeno era conocido de todos, porque Luisa debía vivir sólo de la Voluntad de Dios. Pero muchos no lo creían, y pensaban que algo deglutía*».

«Este hecho lo vi yo también más de una vez, cuando iba a buscarte a casa de Luisa».

«*Y entonces, ¿qué más quieres saber? Sin embargo, muchas cosas se desperdiciaban y en esa época, como sabes, había mucha miseria. Esto también se lo hice notar a Luisa,*

aunque ella comía tan poco que apenas podía bastar para un recién nacido. Y su respuesta fue: "Practiquemos la obediencia". En efecto, con respecto a este fenómeno los confesores eran firmes, duros e inflexibles. Yo creo que había una orden precisa del Obispo. Una vez el confesor me dijo con voz enérgica: Debe comer todos los días y todos deben enterarse de que come; de lo contrario, pondrán personas de guardia a su puerta como hicieron con Teresa Newman, con todo el alboroto que reflejaron los periódicos».

«Pero, ¿bebía agua u otros líquidos?».

«*Yo no le di nunca agua para beber. Sólo bebía zumo de almendras amargas, que las hermanas Cimadomo le llevaban. Alguna vez preparó este zumo también su hermana Isa, que conseguía las almendras de la tía Nunzia*» (3).

«Pero, ¿las almendras amargas no contienen veneno? Y ¿no hacen daño al organismo, a la larga?».

«*Esto no lo sé; sólo puedo asegurar con plena certeza que era el único líquido que bebía sin devolver*»,

«¿Al menos le ponían azúcar?».

«*No* -me respondió-; *y ya basta. He dicho casi todo lo que podía decir y que también todos sabían*».

«Pero yo quisiera saber más».

«*¡No! Se trata sólo de curiosidad. Si Luisa lo quiere, te podré decir aún más cosas, y en ese caso seré yo misma quien te llame*».

Así terminó la conversación con mi tía Rosaria (4). Era el 15 de octubre de 1970.

***

Rosaria Bucci, vivió durante cuarenta años al lado de Luisa Piccarreta

***

Una perfecta bordadora

Mi tía Rosaria, a pesar de la mutilación de los dedos de la mano, con asombro de todos, llegó a ser una perfecta bordadora. Perfeccionaba los trabajos de Luisa y llegó a ser la maestra de todas las muchachas que frecuentaban el curso de bordado. Además, se hizo indispensable y, de hecho, después de la muerte de los padres de Luisa, se convirtió en la ama de llaves de su casa. Era ella quien recibía los encargos y la que estipulaba los contratos de trabajo. Pero a nadie decía cuáles eran los bordados de Luisa, porque la Sierva

de Dios no quería que su trabajo fuera objeto de particular atención y admiración. Después de la muerte de Luisa, el trabajo de bordado no se interrumpió, porque mi tía Rosaria mantuvo viva la tradición del bordado, que Luisa Piccarreta había hecho floreciente. Todos consideraban un milagro continuo el hecho de que mi tía Rosaria fuera una perfecta bordadora, pues su discapacidad física no le habría podido permitir realizar un trabajo tan delicado como es el bordado con bastidor. Para trabajos que podían valer millones -dado que requerían años de dedicación- se pedían cantidades muy modestas. Por esa razón, los sobrinos nos quejábamos con mi tía y ella respondía: «*El dinero importa poco. Lo importante es poder vivir*». Mi tía Rosaria nos contaba que Luisa le había prohibido tajantemente recibir dinero, por cualquier motivo, especialmente donativos. Si, por casualidad, alguna vez llegaban, por carta, sumas de dinero, eran inmediatamente devueltas al remitente. Luisa afirmaba que, para ella, lo que ya poseía era demasiado y que no tenía necesidad de nada. Aquel poco dinero, fruto de su trabajo, era suficiente para el sustento de mi tía Rosaria y de la hermana de Luisa, Angelina. Es característica la respuesta que la Sierva de Dios dio al Beato Aníbal, cuando éste le quiso dar el dinero fruto de los derechos de autor por las obras publicadas: «*Yo no tengo ningún derecho* -dijo, rehusando el dinero que le ofrecía el Beato-, *porque lo que está escrito no es mío*».

Las llagas misteriosas

En 1940, aproximadamente, mi tía Rosaria, mujer robusta, llena de salud, sin sentir dolor comenzó a tener llagas que, con el paso del tiempo, se hacían cada vez más grandes y purulentas. De modo particular eran muy visibles dos grandes llagas, como dos gruesos forúnculos hinchados, situados exactamente bajo el mentón. De estas llagas salía pus casi continuamente y algunas gotas caían incluso en su plato, mientras comíamos. Yo sentía repugnancia durante estas situaciones tan engorrosas, y trataba de alejarme de la mesa, pero mi madre, para que no aumentara la molestia que eso nos producía, me detenía con la mano, dándome, a veces, pellizcos. Mi tía Rosaria, al ser copropietaria de los bienes de la familia, iba a comer a menudo a nuestra casa. Sus llagas, que se le extendieron por todo el cuerpo, especialmente por el pecho y los hombros, eran amorosamente curadas por mi madre, que recomendó a mi tía Rosaria que fuera a Bari para visitar a un especialista. Pero un día mi tía se presentó a la mesa totalmente curada. Todos quedaron estupefactos. En

efecto, en el lugar de las llagas había pequeños signos de cicatrización. Nadie comentó nada. Sólo cuando mi tía se fue, mi padre, recordando episodios antiguos y nuevos, comentó: «esa mujer siempre nos sorprende con cosas nuevas», refiriéndose a Luisa. También mi padre sentía gran devoción por Luisa la Santa y sobre su lecho de muerte quiso tener sobre el pecho su camisa. Esa misma camisa se la vistió mi madre en el momento de su paso al cielo.

Pero, ¿qué había sucedido a mi tía?

He aquí su relato, realizado durante una de las visitas que le hacía yo periódicamente cuando era vicepárroco en el convento de Barletta.

Mi tía, por recomendación de mi madre, se dirigió a Bari para consultar a un especialista en dermatología. El diagnóstico fue terrible. «*Querida señorita -le dijo el médico- estas son llagas cancerosas, y poco a poco se le extenderán por todo el cuerpo. Tiene usted una especie de lepra; su enfermedad es rarísima*». Es fácil imaginar el estado de ánimo de mi tía, al oír esas palabras. Después de vagar por Bari durante horas, volvió por la tarde a la casa de Luisa. Mi tía Rosaria se desahogó con la Sierva de Dios y le dijo con irritación: «*Estoy siempre contigo y ¿permites ciertas cosas? Yo no tengo hijos que me puedan curar*». Luisa la dejó hablar y, luego, le dijo: «*Rosaria, Rosaria... has visitado a todos los médicos y te has olvidado del único médico verdadero*». Mi tía, al oír estas palabras, tomó inmediatamente todas las medicinas, las gasas y el algodón, y los arrojó desde el balcón (todo ello aconteció en la casa de la calle Maddalena, donde habitaban entonces). A continuación dijo: «*Ahora me encomiendo a Nuestro Señor y a tus oraciones*». Antes de irse a la cama, Luisa la llamó, hizo que se arrodillara al lado de su lecho y juntas oraron durante largo tiempo. Después, mi tía se fue a su cama. Dormía en una cama matrimonial, junto con Angelina. Durante aquella misma noche, mi tía Rosaria experimentó un gran alivio en todo el cuerpo. A la mañana siguiente, cuando se levantó, descubrió que las llagas se habían secado; sólo estaban cubiertas con una ligera costra, que durante el día se cayó: estaba perfectamente curada. Se corrió la voz del milagro, pero nadie se atrevía a hablar de ello abiertamente, aunque todos sabían que había sido obra de Luisa. Esto porque Luisa no quería que esos fenómenos se atribuyeran a su persona. «*Yo no soy capaz de hacer milagros; es Nuestro Señor quien los hace*», afirmaba. Por esos motivos, a ningún episodio

extraordinario que se verificaba por intervención suya se le daba publicidad, pero, a pesar de ello, se difundían en silencio.

El Beato Padre Pío, Luisa Piccarreta y Rosaria Bucci

Luis Piccarreta y el Beato Padre Pío de Pietrelcina se conocían desde hacía tiempo sin haberse encontrado nunca, porque Luisa siempre estaba sentada en su cama y el Padre Pío encerrado en el convento de los Padres Capuchinos de San Giovanni Rotondo (5).

Surge espontáneamente la pregunta: ¿cómo se conocieron?

Resulta difícil saberlo. Una cosa es cierta: los dos se conocían y se estimaban.

Mi tía relata que Luisa hablaba con respeto y veneración del Beato Padre y lo definía: «*un verdadero hombre de Dios*» que debía aún sufrir mucho por el bien de las almas.

En el año 1930, aproximadamente, llegó a la casa de Luisa un personaje enviado personalmente por el Padre Pío. Se trataba de Federico Abresch, convertido por el Padre Pío. El señor Federico habló largamente con Luisa. No sabemos de qué conversaron. Sólo una cosa es segura: que el señor Federico se hizo apóstol de la Divina Voluntad, y periódicamente visitaba a Luisa, con la que mantenía siempre largas conversaciones.

Cuando su hijo recibió la primera comunión de manos del Padre Pío, lo llevó inmediatamente también a Luisa que -según se dice- le profetizó que sería sacerdote.

El niño de entonces es actualmente sacerdote, trabaja en Roma, en la Congregación de los Obispos, y es conocido con el nombre de mons. Pio Abresch.

Cuando Luisa fue condenada por el Santo Oficio y sus obras puestas en el Índice, el Padre Pío le envió este mensaje, a través de Federico Abresch: «*Querida Luisa, los santos sirven para el bien de las almas, pero su sufrimiento nunca tiene límites*». En aquel período también el Padre Pío se encontraba en grandísimas dificultades.

El Beato Padre Pío enviaba a muchas personas a Luisa Piccarreta y decía a los habitantes de Corato que iban a San Giovanni Rotondo: «*¿Qué venís a hacer aquí? Tenéis a Luisa. Acudid a ella*».

El Padre Pío aconsejó a algunos de sus fieles (entre estos a Federico Abresch) que abrieran en San Giovanni Rotondo un centro de espiritualidad que se inspirara en la Sierva de Dios Luisa Piccarreta.

Acogiendo este deseo del Padre Pío, actualmente la señorita Adriana Pallotti (hija espiritual del Padre Pío) ha abierto una Casa del Querer Divino en San Giovanni Rotondo, donde se mantiene viva la antorcha encendida por el Padre Pío con el señor Federico Abresch. La señorita Adriana Pallotti afirma que fue el Beato Padre Pío quien la animó a difundir la espiritualidad de Luisa Piccarreta en San Giovanni Rotondo y a contribuir a la difusión del Querer Divino en el mundo, como el Padre Pío anhelaba.

Mi tía Rosaria iba periódicamente a San Giovanni Rotondo, en especial después de la muerte de Luisa. El Padre Pío la conocía muy bien, y cuando Luisa vivía aún, apenas veía a Rosaria, le dirigía estas palabras: «*Rosaria, ¿cómo está Luisa*».

Mi tía Rosaria le respondía: «*Está bien*».

Después de la muerte de Luisa, mi tía Rosaria intensificó las visitas a San Giovanni Rotondo también para que el Padre Pío la iluminara y la aconsejara.

Mi tía Rosaria fue la única lámpara que permaneció encendida para resolver el caso de Luisa Piccarreta con respecto a la sentencia del Santo Oficio, visitando a varias personalidades eclesiásticas y afrontando incluso la Congregación del Santo Oficio. Una vez se metió -no sé cómo- al despacho del Cardenal Prefecto, Ottaviani, el cual la escuchó amablemente, prometiéndole que se interesaría del caso.

En efecto, pocos días después, mi tía Rosaria fue convocada por monseñor Addazi, Arzobispo de Trani, que le dijo: «*Señorita, no sé si debo criticarte o admirarte por la valentía que has tenido. Has afrontado al mastín de la Iglesia, al gran defensor de la fe, sin que te mordiera*».

La conclusión fue que se obtuvo el permiso para trasladar los restos mortales de Luisa del cementerio a la iglesia de Santa María Greca.

Luisa dijo a mi tía: «*Tú serás mi testigo*» y el Padre Pío un día le dijo a quemarropa, en su dialecto de Benevento, estas palabras: «*Rosaria, sigue adelante, sigue adelante, pues Luisa es grande y el mundo se llenará de Luisa*».

Mi tía contaba a menudo este episodio, pero las cosas no iban bien: todo hacía suponer que Luisa quedaría en el olvido.

Después de la muerte del venerado Padre Pío, mi tía dijo un día: «*El Padre Pío profetizó que Luisa sería conocida en todo el mundo*». Y repetía la frase que el Padre Pío había pronunciado en su dialecto.

Yo le respondí que el caso de Luisa Piccarreta no tendría fácil solución. En efecto, incluso en Corato, ya no se hablaba de ella y la frase del Padre Pío podía considerarse un gesto de consolación. Pero mi tía rebatió: «*¡No! El Padre Pío durante la confesión me dijo que Luisa no es un hecho humano, sino una obra de Dios, y él mismo hará que salga a la luz. El mundo quedará asombrado ante su grandeza; no pasarán muchos años antes de que esto suceda. El nuevo milenio verá la luz de Luisa*».

Yo me quedé en silencio ante esa afirmación y mi tía me hizo esta pregunta: «*¿Tú crees en Luisa?*».

Le respondí que sí.

Y entonces me dijo: «*Dentro de algunos días ven a mi casa, porque debo decirte algo muy importante*».

Nos encontramos en los años Setenta y el Padre Pío ya había muerto hacía algunos años.

El secreto de mi tía Rosaria

En 1975, exactamente el 2 de febrero -recuerdo que era un día muy frío- mi tía me llamó a su habitación. Ya era muy anciana y comenzaba a tener problemas en los ojos, a causa de la diabetes. Mis dos sobrinos, Vincenzo y Sara, iban a su casa para hacerle compañía.

Aquel día, la encontré sentada detrás del aparador, rezando el rosario.

Me senté a su lado y, después de saludarla, le pregunté qué cosa tan importante me quería decir.

Ella me miró y dijo: «*Lo que ahora te digo es muy importante. Trata de usarlo bien y te pido que medites en las maravillas del Señor que nos dio a Luisa, criatura preciosa ante los ojos de Dios e instrumento de su misericordia. Difícilmente encontrarás un alma tan preciosa y tan grande. Luisa se supera a sí misma y sólo la puedes contemplar plenamente en el misterio de Dios. María fue quien trajo al mundo la redención con su Fiat, por lo que el Señor la enriqueció de un modo tan admirable que fue una criatura elevada a la dignidad de Madre de Dios. María es la Madre de Dios y ninguna criatura podrá jamás igualarla en la grandeza y en la potencia. Después de Dios, sólo ella manifiesta al mundo las maravillas del Señor. Después de la Virgen viene Luisa, que trae al mundo el tercer Fiat, el Fiat de la Santificación*».

Lo dijo con gran aplomo, marcando bien las palabras, convencida de lo que afirmaba. Yo me quedé estupefacto ante esas afirmaciones.

«*He aquí por qué precisamente Luisa permaneció siempre clavada a una cama y cada día se ofrecía a las Majestades Divinas como víctima de expiación a la Santísima Voluntad de Dios* -continuó-. *Dios se ha complacido en esta criatura y ha sido tan celoso que la quitó de entre los hombres, encomendándola sólo a su Iglesia, para que la custodiara y humanamente la forjara con infinitas penitencias e incomprensiones. Mi Luisa no experimentó ninguna consolación humana, sino sólo la divina, e incluso su cuerpo se hallaba continuamente suspendido entre el cielo y la tierra, y su vida terrena fue una continua contradicción comparada con las vidas humanas normales. También en su cuerpo debía ser toda de Dios*».

Luego, me dijo: «*Un día el Señor dijo a Luisa: "todos los que te han visto y conocido se salvarán*» (6).

Querido Peppino, este es un don extraordinario de Dios y ha quedado escondido en el silencio porque Luisa no quería que se difundiera; de lo contrario su persona se convertiría en objeto de curiosidad o de veneración, que ella afirmaba no merecer. Sólo el confesor, un día, me dijo que lo podía decir y difundir con discreción. Ahora te lo he dicho a ti con la esperanza de que lo uses bien».

Aquel día me quedé embelesado por el lenguaje utilizado por mi tía Rosaria, la cual expresó conceptos teológicos de modo perfecto, incluso con matices poéticos.

Los apuntes que recogí, por casualidad, se perdieron y me he limitado a escribir lo que recuerdo.

Su muerte, casi repentina, no me dio tiempo de hacerle más preguntas que aclararan bien lo que me había dicho confidencialmente.

Mi tía Rosaria murió en el año 1978.

***

NOTAS

1) Un aspecto de Luisa Piccarreta que nunca se ha profundizado y que merecería mayor atención es el siguiente: ¿qué influjo ha tenido Luisa en el ámbito campesino?

2) La mamá de Luisa Piccarreta murió algunos meses después del encuentro con mi tía Rosaria; exactamente el 19 de marzo de 1907, festividad de San José. Su padre, en cambio, murió sólo quince días después. Luisa habla ampliamente de ellos en sus escritos.

3) Mi tía Nunzia era hermana de mi madre, cuyo marido era campesino.

4) Mi tía Rosaria muchas veces daba la impresión de que hablaba con Luisa antes de dar respuesta a las preguntas que se le hacían. Lo refiere mi sobrino Vincenzo y lo confirma un señor mexicano que participó en el Congreso internacional sobre Luisa Piccarreta en Costa Rica. Ese señor, de visita a Corato, tuvo largas conversaciones con mi tía.

5) Se cuenta que cuando Luisa fue condenada, el Arcipreste de Corato, Don Clemente Ferrara, predicó en la Iglesia Madre que nadie podía ir a casa de Luisa, so pena de caer todos en excomunión. La prohibición se extendió asimismo a los sacerdotes que predicaran en la iglesia en ese sentido. Ante la sorpresa de todos, especialmente de las hermanas Cimadomo, que no abandonaron a Luisa, un día se presentó un fraile, que permaneció varias horas en conversación con Luisa. Nadie ha sabido decir quién era ese fraile capuchino. Algunos dijeron que en ese fraile habían reconocido al Padre Pío, que habría ido a consolar a Luisa. Eso no se ha podido confirmar de ninguna manera y mi tía Rosaria no quiso hablar para nada de ese suceso. Tampoco se puede interrogar a Angelina y a las hermanas Cimadomo, que fallecieron ya hace tiempo.

6) Creo que el Señor quería decir que el conocimiento de Luisa no se debería limitar a su persona, sino que debía centrarse en su mensaje.

CAPÍTULO CUARTO

Aníbal María de Francia y Luisa Piccarreta

Mi tía Rosaria hablaba, a menudo y de buen grado, del Beato Aníbal María de Francia, fundador de los Rogacionistas y de las Religiosas del Divino Celo.

Hablaba del Beato como si fuese uno de sus familiares íntimos y, para referirse a él, usaba la expresión «Padre Francia». Yo personalmente me interesé muchísimo en ese personaje y le pregunté varias veces a los Padres Rogacionistas si por casualidad en su archivo se hallaba registrado algo de las relaciones entabladas entre Luisa y el Beato Aníbal. Me dirigí también al Instituto San Antonio de Corato, casa querida personalmente por el Beato, con el objetivo preciso de trasladar allá a Luisa para que estuviera entre las religiosas.

Mi tía decía que el padre Aníbal había concebido el proyecto de trasladar a Luisa al Instituto de Religiosas abierto en Trani, pero que Luisa le advirtió de que el Señor quería que permaneciera en Corato. El proyecto del padre Aníbal se realizó en 1928, después de su santa muerte.

Aníbal de Francia era el confesor extraordinario de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta y fue él quien publicó sus obras. El Beato Aníbal forma parte de la multitud de sacerdotes que han edificado la Iglesia de Dios con su santidad y con sus obras, realizadas en favor de los huérfanos y de los muchachos abandonados. La obra de estos hombres produjo grandes beneficios a Italia y a la Iglesia, en un período en que triunfaba el anticlericalismo.

Según las palabras de mi tía Rosaria, el Beato gozaba de gran estima por parte de San Pío X, que con gran facilidad le concedía audiencias privadas. Al parecer, San Pío X mostraba mucha atención a Luisa Piccarreta: a él nuestro Beato sometía sus escritos antes de darlos a la prensa.

Mi tía Rosaria afirmaba que después de leer algunos escritos de Luisa, en particular la famosa obra sobre la Pasión de Nuestro Señor, publicada con el título de *El reloj de la Pasión*, San Pío X dijo: «Querido Padre, estos escritos los debes leer de rodillas, porque allí es Nuestro Señor Jesucristo quien habla». Y fue el mismo Santo Pontífice quien exhortó al padre Aníbal a divulgar esos escritos (1).

Aníbal acudía periódicamente a la casa de Luisa, en la calle Nazario Sauro, y permanecía con ella varias horas en conversaciones espirituales.

A menudo llevaba a Luisa algún obispo, italiano o extranjero, y mi tía recuerda la visita de un prelado de Hungría. Para aclarar algunas dudas, el Beato Padre llevaba a Luisa algunos teólogos, que después de hablar largamente con la Sierva de Dios, se reunían en otra habitación, discutiendo mucho tiempo sobre lo que habían escuchado.

Mi tía recordaba que un obispo húngaro, después de hablar con Luisa, salió de la habitación muy turbado y dijo, en un italiano imperfecto, las siguientes palabras: «*Orad por mi pueblo*», pues Luisa le había dado a conocer el futuro poco halagüeño que esperaba a su patria. Mi tía Rosaria no me supo decir con precisión quién fue ese obispo ni su lugar exacto de procedencia; sólo me dijo: «*Obispo magiar*».

Yo comprendí que se trataba de un obispo húngaro.

Las visitas del padre Aníbal no se limitaban sólo a la conversación con Luisa; impartía conferencias a todas las personas que frecuentaban la casa de Luisa, especialmente a los jóvenes y a las chicas. Estas conferencias produjeron abundantes frutos. En efecto, muchas chicas se hicieron religiosas y muchos jóvenes se encaminaron al sacerdocio, y no pocos fueron acogidos en su naciente congregación.

Muchas personas iban a la casa de Luisa para confesarse con el padre Aníbal. Eso me lo ha confirmado el canónigo Andrea Bevilacqua, que, siendo joven seminarista, también acudía a la casa de Luisa para confesarse con el padre Aníbal, el cual era también confesor extraordinario del venerado y muy amado arzobispo de Trani, monseñor Leo.

En mi anterior publicación no hablé del Beato Aníbal de Francia, porque me aconsejaron que no lo hiciera para no entorpecer la causa de beatificación, que estaba en curso.

Sería muy interesante consultar los archivos de las Congregaciones de los Rogacionistas y de las Religiosas del Divino Celo, donde ciertamente habrá rastros de la larga correspondencia epistolar que existió entre la Sierva de Dios Luisa Piccarreta y el Beato padre Aníbal. Mi tía decía que la Regla del instituto estaba marcada por la espiritualidad de Luisa. Sería muy interesante leer las antiguas reglas y constituciones de los Institutos. Espero que ahora que el padre Aníbal ha sido proclamado Beato por la Iglesia, los Rogacionistas y las Religiosas del Divino Celo, podrán revalorizar a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, que tanto contribuyó con su oración, con su consejo y con sus escritos, a su desarrollo.

Queda aún mucho por decir sobre las relaciones que existieron entre el Beato Aníbal, la Sierva de Dios Luisa Piccarreta y San Pío X, hacia el cual Luisa sentía una gran veneración. Ya en esa época lo veneraba como santo y muchas veces decía estas palabras: «*El Señor en estos tiempos ha regalado a la Iglesia dos grandes Pontífices: el primero, hijo predilecto de la Virgen* -refiriéndose a Pío IX-; *y el segundo, gran defensor de la fe y de la Eucaristía*».

El Beato Aníbal de Francia tuvo que superar enormes obstáculos para realizar su proyecto de trasladar a Luisa a una casa de su Congregación, para que estuviera entre sus religiosas. Y decía con frecuencia estas palabras: «*La acogida de Luisa en una casa de mi Instituto será una bendición de Dios para toda la Congregación*».

En efecto, aunque en Trani había ya dos casas de la Congregación del Divino Celo, con santa obstinación abrió una casa femenina en Corato, cerca del lugar de nacimiento de Luisa. No le resultó fácil realizar su proyecto: el santo fundador murió antes de que la casa quedara acabada.

Dos años después de su muerte, Luisa hizo su ingreso entre las Religiosas del Divino Celo, en la calle delle Murge.

Recuerdos de Rosaria Bucci

El Beato Aníbal María de Francia frecuentaba a la Sierva de Dios, con la que mantenía larguísimas conversaciones, quedándose horas enteras en la habitación de Luisa, donde muchas veces celebraba también la Santa Misa.

Esto es lo que recuerdo de lo que me contó mi tía Rosaria.

En 1910, llegó a la casa de Luisa un sacerdote que pidió hablar con ella. Fue el primero de los numerosos encuentros que realizaron los dos «santos». Aquel día abrió la puerta mi tía Rosaria, muchacha que ya se hallaba familiarizada con el ambiente de Luisa, pues la frecuentaba desde hacía cuatro años y, por eso, se había convertido en colaboradora de Angelina en los quehaceres de la casa. Además, mi tía Rosaria, al haber aprendido muy bien la labor de bordado, hacía de maestra de las demás muchachas aprendices y Luisa la llamaba a rectificar su trabajo, que muchas veces quedaba imperfecto, pues la Sierva de Dios no podía apretar bien los nudos, a causa de los estigmas, ocultos bajo la piel y fuente de dolor (2).

Mi tía Rosaria, en muchas ocasiones, preparó una cama en una habitación de la casa de Luisa, sobre la que el Beato Aníbal, alguna vez, descansaba, especialmente cuando era huésped de la familia Piccarreta durante más de un día.

La permanencia del Beato en la casa de Luisa se debía a que ella, antes de entregar sus escritos a Aníbal, debía leerlos todos y dar explicaciones sobre los puntos oscuros o incomprensibles.

Fue precisamente mi tía la que entregó al Beato Aníbal el manuscrito del famoso libro relativo a la meditación sobre la Pasión. El Beato Aníbal lo hizo publicar con el título de *El reloj de la Pasión*, título que al principio no entusiasmó a Luisa. La publicación, con largas prefaciones del Beato, tuvo varias ediciones, exactamente cuatro.

Mi tía Rosaria recuerda que una vez el Beato Aníbal exhortó a todas las muchachas y a las personas que regularmente frecuentaban a Luisa a leer y a meditar la obra. Al regalársela, el Beato les dijo estas palabras: «*Antes de dar a la prensa el manuscrito fui recibido en audiencia por Su Santidad Pío X, a quien entregué un ejemplar. Después de algunos días, al ser recibido de nuevo por el Santo Padre para cuestiones relativas a mi naciente Congregación, él pronunció estas palabras textuales: "Da inmediatamente a la prensa* El reloj de la Pasión *de Luisa Piccarreta. Leedlo de rodillas, porque allí es Nuestro Señor quien habla*"».

Al no disponer de otros documentos, debemos fiarnos del testimonio de Rosaria Bucci.

El Beato Aníbal y los Frailes Capuchinos de la Provincia Monástica de Pulla

Al parecer, los Padres Franciscanos, y en particular los Capuchinos, sugirieron al Beato Aníbal que pusiera sus obras bajo la protección de San Antonio de Padua. Es cierto que entre el Beato Aníbal y los Franciscanos Capuchinos existió una gran estima recíproca.

Yo personalmente escuché a nuestros padres ancianos hablar muy a menudo del Beato Aníbal María de Francia.

El padre Aníbal divulgaba los escritos de Luisa, muchos de los cuales eran regalados a nuestros frailes, a los que él recomendaba vivamente que no revelaran a nadie quién era la autora, porque la piadosa escritora no quería que se conociera.

El fraile capuchino que más habló de esta circunstancia fue el padre Isaia da Triggiano, un sacerdote auténtico, sencillo y humilde. Este padre sentía una profunda veneración por

Luisa Piccarreta y conservaba celosamente sus escritos y algunos objetos que pertenecieron a la Sierva de Dios. Entre estos últimos se hallaba una estampita con una oración escrita personalmente por Luisa.

El padre Isaia a menudo decía estas palabras: «*Luisa es una gran santa y el padre Aníbal también es un gran santo, porque nos la ha dado a conocer. Los santos entre sí se comprenden. Es Dios quien los une*».

En 1917 el padre Isaia da Triggiano era estudiante capuchino en nuestro convento de Francavilla Fontana, donde los frailes, en varias ocasiones, hospedaron al padre Aníbal María de Francia, que estaba realizando una de sus obras en la vecina Oria.

Estas son las impresiones que el padre Isaia tuvo del padre Aníbal: «*Era un sacerdote verdaderamente de Dios y nosotros, los estudiantes, cuando lo veíamos, lo rodeábamos de mucha simpatía. Todos íbamos a confesarnos con él. Su aspecto era singular, también en su modo de hablar y gesticular, siempre moderado, con una discreción que no infundía temor, sino confianza filial. Nos hablaba siempre de la Voluntad de Dios y nos exhortaba a soportar las molestias y las contradicciones. Nos decía que había un alma, consagrada totalmente a Dios, que sufría y oraba por todos*».

«*Esta alma* -decía el padre Aníbal al padre Isaia- *es hija de tu tierra y esto es señal de que el Señor bendice al pueblo de Bari*». Para fortalecerlo, en sus dudas y en sus sufrimientos, le regaló *El reloj de la Pasión*, que él mismo había dado a la prensa. El padre Isaia, en aquel tiempo fray Isaia, estudiante capuchino, le preguntó dónde se encontraba y quién era esa alma santa, pero el padre Aníbal le respondió: «*Piensa en prepararte dignamente para el sacerdocio y en hacer la Voluntad de Dios, y con el tiempo descubrirás quién es esta alma*».

El padre Isaia, ya ordenado sacerdote, acudía a casa de Luisa Piccarreta, a la que recurría para recibir consejos y, no pocas veces, para ser confortado en su apostolado, atacado por malas lenguas.

En aquella época, la Provincia Monástica de Pulla atravesaba un período difícil, a causa de varios contrastes surgidos entre las Provincias de Bari y Lecce, unificadas en una sola Provincia Monástica. Algunos padres encabezaron una reforma, que fue abortada por San Pío X.

La mayor parte se sometieron, pero otros se rebelaron y acabaron por ser expulsados de la Orden y excomulgados. Entre ellos, el padre Gerardo, superior y director del estudiantado de Francavilla.

Este padre tenía ideas singulares al dirigir el estudiantado, con una disciplina draconiana; fácilmente dejaba a los estudiantes en ayuno, porque debían mortificarse y asemejarse a Cristo crucificado. Lo peor era que no permitía ni siquiera el estudio, pues su estudio debía ser el crucifijo y la penitencia; y, en consecuencia, puso en la habitación de los estudiantes un gran crucifijo y un cilicio. Se comprende muy bien en qué estado de ánimo estaban todos los estudiantes, muchos de los cuales enfermaron. El padre Aníbal de Francia, en una de sus visitas, llamó la atención al padre Gerardo, dándole a entender que no se podía aplicar un régimen semejante a los jóvenes que se encontraban en la etapa de crecimiento. Y él mismo dio ejemplo llevando al convento muchos alimentos, y le pidió que les permitiera comer, al menos una vez, hasta saciarse. El padre Aníbal era muy sensible a la salud de los jóvenes estudiantes y le decía con frecuencia: «*Esta no es la Voluntad de Dios*».

Al parecer, el padre Gerardo no permaneció totalmente insensible a las exhortaciones del padre Aníbal, que sabía hablar con tanta convicción y tanta caridad que incluso movía los corazones más duros. En efecto, los resultados se notaron enseguida: se compraron los libros útiles para la formación sacerdotal de los jóvenes y se comenzó a ver un poco más de pan y de sopa.

El padre Gerardo, poco después, salió de la Orden y fue excomulgado, por sus ideas raras y por su rebelión contra la Iglesia. Las palabras del Venerable Aníbal se realizaron. En efecto, cuando los estudiantes, desalentados, se arrodillaban ante sus pies para confesarse, a menudo decía: «*Seguid viviendo intensamente la Voluntad de Dios, porque dentro de poco todo cambiará. ¡Ánimo!*».

Muchos padres tuvieron contacto con el padre Aníbal y, a través de él, conocieron a Luisa. No puedo olvidar al padre Daniele da Triggiano, espléndido ejemplo de capuchino, hombre que era una auténtica florecilla de San Francisco. Su sencillez, sus palabras y sus gestos han quedado vivos hasta hoy en toda nuestra Provincia Monástica.

El padre Daniele hablaba de Luisa Piccarreta como si fuera una criatura del cielo y cuando yo, siendo joven seminarista, acudía a su habitación para confesarme, me decía siempre

estas palabras: «*¿Tú eres Bucci, de Corato? ¿Has conocido a Luisa? Has de saber que es una gran santa; no dejes nunca de orar a ella, si quieres ser sacerdote*».

El padre Daniele fue el historiador de Triggiano y publicó también algunos manuales de piedad, sacando en abundancia de los libros de Luisa Piccarreta. Por el modo en que hablaba de Luisa parecía que tuvo contactos directos con la Sierva de Dios y con el Venerable Aníbal.

De la Sierva de Dios Luisa Piccarreta escuché hablar mucho también de los siguientes padres. El padre Giovanni De Bellis, invitado a menudo a Corato para la predicación, iba en esas ocasiones a la casa de Luisa. El padre Giovanni, mi hermano de comunidad en el convento de Trinitapoli, mientras yo era superior y párroco, muchas veces me hablaba de Luisa Piccarreta y del Beato Aníbal María de Francia, a quienes había conocido personalmente. Tuve la suerte de asistir a los últimos momentos de la vida del padre Giovanni, que murió a la venerable edad de noventa y dos años. Este padre murió completamente inmerso en la oración, con las manos juntas y con el rosario entre las manos. Sus últimas palabras fueron: «*Hágase la Voluntad de Dios*». Era el año 1982.

El padre Terenzio da Campi Salentini también sentía gran veneración por la Sierva de Dios Luisa Piccarreta y cada vez que se encontraba conmigo, me hablaba de ella. Fue él quien me anunció que se había incoado el proceso de beatificación del padre Aníbal, confesor de Luisa. Cuando yo era joven novicio en el convento de Alessano, el padre Terenzio era superior. Un día me dio este testimonio: «*Yo pasé un período de crisis de fe y un día acudí a casa de Luisa, que me escuchó benignamente. Aclaró todas mis dudas y me dio explicaciones teológicas tan claras y profundas que fueron para mí una revelación. Todas las dudas que no habían aclarado mis estudios teológicos fueron disipadas por Luisa. Ciertamente Luisa tenía el don de la ciencia infusa*».

El padre Guglielmo da Barletta, uno de los sacerdotes más ilustres de la Provincia, varias veces ministro provincial, rector de nuestro estudiantado de teología, un día, durante una clase de ascética, habló del Venerable padre Aníbal y de sus obras. Habló largamente de *El reloj de la Pasión* y del libro *María en el Reino de la Divina Voluntad*. Al referirse a Luisa Piccarreta dijo estas palabras: «*Es un alma grande y maravillosa. Nosotros no somos ni siquiera una uña de esa alma*». El padre Guglielmo no me dijo si había conocido directamente a Luisa.

Casi todos nuestros antiguos padres tuvieron contactos directos con el Venerable Aníbal y con Luisa Piccarreta. Entre ellos merece la pena recordar también a los siguientes: P. Zaccaria da Triggiano, varias veces provincial; P. Fedele da Montescaglioso; P. Giuseppe da Francavilla Fontana; P. Tobia da Triggiano; P. Antonio da Stigliano, que dejó algunos escritos sobre el Siervo de Dios Fray Dionisio da Barletta; P. Arcangelo da Barletta, también él provincial; P. Pio da Triggiano, provincial; P. Gabriele da Corato; P. Timoteo d'Acquarica, gran amigo del último confesor de Luisa, Don Benedetto Calvi, en cuya parroquia predicó muchas veces (él asistió también al traslado de los restos mortales de Luisa desde el cementerio hasta la iglesia y concelebró en la Iglesia Madre la función de apertura del proceso de beatificación de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta); P. Salvatore da Corato, del que hablaré en un capítulo aparte. Muchos hermanos laicos, que acudían a Corato para pedir limosna, no dejaban de visitar a Luisa: Fray Ignazio, Fray Abele, Fray Rosario, Fray Vito, Fray Crispino, los cuales a menudo me han hablado con entusiasmo de Luisa, por la que sentían gran veneración.

***

Predilección de Luisa por los Capuchinos.
El Padre Salvatore da Corato y Luisa Piccarreta

Un capuchino, muy devoto de Luisa la Santa, era el padre Salvatore da Corato. Lo conocí cuando yo era estudiante en el seminario de Giovinazzo (en los dos últimos años de bachillerato). El padre Salvatore iba a pasar las vacaciones con nosotros. Durante los paseos que hacíamos por los senderos del huerto del convento, me hablaba siempre de Luisa y de cómo había madurado su vocación capuchina.

El padre Salvatore era un espléndido ejemplo de capuchino, de familia acomodada, de modales muy finos, mostraba una delicadeza de alma que raramente he visto en otros frailes. Sufrió mucho para seguir su vocación capuchina y sacerdotal y encontró mucha resistencia. Huérfano de padres, fue educado por una tía, que lo llevaba a menudo a casa de Luisa la Santa, la cual lo miraba con gran simpatía y de buen grado conversaba con aquel jovencito.

Un día ella le dijo: «*El Señor quiere que seas sacerdote*», pero el muchacho no le dio mucha importancia a esas palabras. En plena juventud, rico y buscado por todas las chicas,

se enroló en la Marina y viajó muchísimo. En sus largas travesías, que a veces duraban meses, el brillante marinero fácilmente se entretenía en la cubierta contemplando el mar infinito y las estrellas. Muchas veces recordaba las palabras de Luisa: «*El Señor quiere que seas sacerdote*».

Encontrándose en peligro de muerte, no le quedó más remedio que invocar a Luisa: «¡*Luisa, si quieres que sea sacerdote, sálvame*!». La casualidad quiso que muchos de sus compañeros murieran, mientras que él se salvó por un extraño prodigio. Poco después abandonó su carrera, volvió a Corato y se dirigió a casa de Luisa. Después de una larga conversación, Luisa le aconsejó que ingresara en los Capuchinos, anunciándole que encontraría grandísimas dificultades. El Señor pondría a prueba su vocación.

En efecto, no se aceptó fácilmente su ingreso en la Orden; se opusieron los que se encargaban de la formación de los estudiantes. Aducían, como razones, su edad, ya bastante avanzada, en comparación con los estudiantes normales; su vida de marinero, ciertamente llena de vicios; y, además, afirmaban que, al provenir de una familia acomodada, le resultaría sumamente difícil abrazar una regla de por sí muy rígida. De nada valieron las cartas de presentación del arcipreste, Don Clemente Ferrara, y de Don Andrea Bevilacqua, que personalmente lo acompañó al noviciado de Montescaglioso.

El maestro de novicios y el superior no lo aceptaron y ni siquiera le permitieron entrar en el convento. Así, el pobre joven se tuvo que quedar tres días fuera del convento, esperando una respuesta del padre Provincial, al que el superior y el maestro de novicios se habían dirigido.

Las palabras de Luisa se cumplieron plenamente.

El padre Salvatore, recibido en la Orden Capuchina, renunció generosamente a todos sus bienes de familia e inició los estudios de preparación al sacerdocio. Ordenado sacerdote, decidió dirigirse a la casa de Luisa para celebrar la Santa Misa de acción de gracias. Concluía su relato con estas palabras: «*Luisa está en mi corazón y en mi vida; la siento muy cerca de mí, como si aún me quisiera hablar*». Y añadía: «*Estoy seguro de que mi vida no será muy larga, porque Luisa tiene prisa por llevarme al Paraíso*». Esto lo decía con una sonrisa indescriptible, que parecía celestial.

El padre Salvatore fue utilizado por los superiores como formador y director de nuestros muchachos en los seminarios menores, y fue apreciado y amado por todos. Sus dotes

espirituales y humanas enriquecían el ejercicio de su ministerio sacerdotal. Su salud, siempre débil desde que ingresó en la Orden, fue un signo de la Voluntad de Dios que lo hizo madurar en el sufrimiento por su Reino.

Cuando le pregunté si era lícito leer los escritos de Luisa que habían sido condenados por el Santo Oficio, me respondió que no y me dijo: «*Luisa es toda de la Iglesia y en la Iglesia, la cual muchas veces nos dice que renunciemos incluso a las cosas hermosas. Recuerda que todo lo que la Iglesia hace es Voluntad de Dios, que tiene sus tiempos. Tal vez el mundo no está aún maduro para recibir y comprender a esta gran santa. Creo que dentro de poco el Señor mismo la pondrá sobre el candelero*». El padre Salvatore murió el 3 de septiembre de 1956, a los cuarenta y un años de edad.

***

NOTAS

1) *El reloj de la Pasión* tuvo varias ediciones, a cargo del mismo padre Aníbal, como se puede notar por las largas prefaciones a las mismas.

2) El que Rosaria Bucci haya llegado a ser una perfecta bordadora era considerado un milagro viviente, porque le faltaban cuatro dedos de la mano izquierda, circunstancia que racionalmente hace imposible esa labor. Todos quedaban asombrados de su velocidad y de la perfección de su bordados, que eran muy apreciados.

CAPÍTULO QUINTO

Una comida rara

Comencé a frecuentar la casa de Luisa Piccarreta a la edad de cinco años, conducido por mi tía Rosaria.

Ya con más edad, llevaba a menudo a Luisa cestos llenos de fruta fresca que me padre recogía en nuestros terrenos.

En varias ocasiones mi tía me hacía quedarme a comer en casa de los Piccarreta. Luisa no comía con nosotros, porque estaba en cama, en su habitación, y allí consumaba los pocos gramos de alimento que ingería diariamente.

Un día, impulsado por la curiosidad, me puse a observar el menú que se preparaba para Luisa: en un único plato estaba toda su comida. Era domingo, para nuestra familia el día de las orejetas con ragú. En el plato destinado a Luis no pusieron más de cinco o seis orejetas y tres o cuatro granos de uva. Mi tía, al observar mi estupor, me miraba con rostro complacido y sonriente. En cierto momento me dijo: «Lleva este plato a Luisa». Yo, más sorprendido que nunca, tomé el plato y lo llevé a la habitación de Luisa, que estaba en la cama. Acababa de terminar la labor de bordado y sobre sus piernas se hallaba colocado un escabel, cubierto por un mantel, donde puso el lato que le entregué. Me miró profundamente con sus ojos grandes, sin decirme nada; luego, tomó un grano de uva y me lo metió en la boca. Salí de su habitación, mientras Luisa comenzaba a consumar su rara comida. Apenas me había sentado a la mesa cuando escuchamos sonar una campanilla. Mi tía se levantó repentinamente, tomó una bandeja y se dirigió a la habitación de Luisa. Yo, instintivamente, la seguí e, involuntariamente, asistí a un fenómeno que me dejó perplejo. Luisa devolvió todo el alimento, intacto y entero, que había comido. Lo más extraordinario es que no sintió ni el malestar ni la molestia que suelen acompañar al vómito. Mi tía le quitó el escabel de las rodillas, lo depositó a un lado de la habitación, corrió las cortinillas de la cama, cerró las persianas y me dijo: «Vámonos, porque Luisa debe orar». Al volver a casa, le conté todo a mi madre, pero ella no mostró sorpresa alguna, pues desde hacía tiempo conocía ese fenómeno. En la práctica, Luisa ni comía ni bebía; sólo vivía de la Divina Voluntad. Ese fenómeno duró casi setenta años, con vicisitudes alternas. Por obediencia a sus confesores, debía comer al menos una vez al día, aunque de inmediato lo devolvía todo.

El sacrificio no cumplido

Un día domingo, me encontraba en casa de Luisa cuando ella me llamó y me dijo: «Hoy es domingo. En casa vas a comer carne. Deja un poco para el Niño Jesús». Le aseguré que así lo haría. Pero, al salir de la casa de Luisa, me olvidé de todo, incluso de la promesa de dejar algo de carne para el Niño Jesús.

Conviene subrayar que en aquellos tiempos la carne constituía un alimento muy apreciado, que sólo se comía en las fiestas y en porciones racionadas.

Comí tranquilamente la carne, sin acordarme de la promesa hecha por la mañana. Luisa, en cambio, no se había olvidado de ella y, apenas llegué a su casa, por la tarde, lo primero que me dijo fue: «Has olvidado la promesa que le hiciste al Niño Jesús». Yo me quedé desconcertado y no sabía cómo justificarme. Mi tía Rosaria me sacó del apuro diciendo: «Es muy pequeño. ¿Qué puede comprender?». Pero comprendí que aquella respuesta gratuita no satisfizo a Luisa.

Profecía

Mi familia, muy religiosa, deseaba que alguno de nosotros, los hijos, fuera sacerdote, dado que en mi rama paterna había habido muchos presbíteros y un primo de mi madre era entonces vicario general de la diócesis de Salerno, en tiempos del célebre obispo Monterisi, mons. Balducci. Mi madre mantenía correspondencia epistolar con este primo, que nosotros no conocíamos personalmente. Sólo recuerdo que mi madre hablaba de él con entusiasmo.

En la familia todos pensaban en mi hermano Agostino, muchacho ordenado, educado, estudioso y reservado: en pocas palabras, el tipo adecuado para emprender la carrera eclesiástica. Mi tía Rosaria se alegró mucho cuando mi hermano manifestó el deseo de ingresar en el seminario. La opinión de nuestro párroco, Don Cataldo Tota, de venerada y santa memoria, fue muy halagüeña.

Se preparó el equipo. Mi tía bordó un roquete. Ya estaba todo listo para el ingreso de mi hermano Agostino en el seminario de Bisceglie. Pero sucedió un hecho imprevisto, que hizo saltar todo, de forma que mi hermano ya no ingresó en el seminario. La causa de todo fue Don Andrea Bevilacqua, el cual aconsejó que no mandaran al seminario a Agostino, alumno suyo en el bachillerato, sino que esperaran al menos a que terminara el curso

preuniversitario; así, entraría directamente en el Seminario de Molfetta, sin pasar por el Seminario menor, que según Don Andrea no garantizaba una formación adecuada. A mi tía Rosaria eso no le agradó nada y un día se lamentó con Luisa diciéndole: «Después de haber gastado tanto dinero, Agostino ya no ingresa en el seminario».

Es preciso decir que Luisa, ya con anterioridad, había permanecido callada e indiferente ante ese proyecto. Aunque Agostino frecuentaba asiduamente su casa y a pesar de que Luisa conocía sus intenciones, ella no pronunció ninguna palabra de aliento, cosa que hacía con otros muchachos que habían manifestado ese mismo deseo. A las lamentaciones de mi tía, en presencia mía, Luisa respondió: «Rosaria, Rosaria... ¡Tú quieres sustituir la Voluntad de Dios! El Señor no lo quiere» y, dirigiendo su mirada hacia mí, le dijo: «Cuida de este. Porque el Señor quiere a este y no a aquel». Fue grande el asombro de mi tía Rosaria al escuchar las palabras de Luisa, que dijo: «¡Sí, precisamente a este, que es el rebelde de la familia!».

En efecto, yo solía andar siempre en la calle. Era muy vivaracho y me rodeaba de niños pobres. Mis compañeros se escapaban sistemáticamente de la escuela, andaban descalzos por la calle, olían a gallina, oveja y conejo, animales que criaban en sus casas. Por eso, incluso en la escuela, yo rendía poco y era la desesperación de mi familia, de clase media burguesa (mi madre era maestra y mi padre empleado municipal).

No di mucha importancia a las palabras de Luisa. Estaba apenas en tercero de bachillerato. Había grandes problemas sociales; la caída del fascismo; la ocupación alemana; las escuelas estaban cerradas y los alimentos escaseaban. Me olvidé completamente de las palabras de Luisa. Después de su muerte, que tuvo lugar el 4 de marzo de 1947, mi tía Rosaria meditaba con frecuencia en aquellas palabras de Luisa y comenzó a mirarme de forma extraña, como si quisiera descubrir señales procedentes de mi corazón. Luego, con gran asombro de todos, Peppino, el niño más travieso del barrio de la calle Andria, ingresó en el seminario, no en el diocesano, sino en el Seminario Seráfico de los Frailes Menores Capuchinos de Barletta. Corría el año 1948. Había pasado un año desde la muerte de Luisa Piccarreta. Muchos, dado mi carácter, habían apostado que mi permanencia en el seminario duraría muy poco y que incluso en ese lugar sembraría el alboroto. Muchos, incluso, criticaron a mi madre porque había tenido la imprudencia de permitir mi ingreso en el seminario.

El tiempo desmintió esos infaustos pronósticos y en el pueblo se comenzó a dar crédito a las palabras de mi tía Rosaria, que contaba a todos con orgullo que Luisa había profetizado mi sacerdocio. Mi tía Rosaria afirmaba con convicción: «Peppino llegará a ser sacerdote. Esta es la Voluntad de Dios, manifestada por la voz de Luisa».

El mar borrascoso

Pasaros varios años. Mi madre y mi padre habían muerto prematuramente y nuestra familia numerosa se había disgregado. Tres hermanos casados, una hermana en Trieste, otra en Bolonia, mi hermano en Suiza: nuestra casa se quedó vacía. Sólo la habitaba, por concesión nuestra, mi tía Rosaria.

Yo estudiaba teología en el estudiantado de Santa Fara. Había recibido ya las órdenes menores y el diaconado.

Durante el verano, todo el estudiantado se trasladaba al convento de Giovinazzo. Ese convento, que casi daba al mar, era el lugar ideal para pasar un tiempo de vacaciones y también era sede del Seminario mayor. Un día de agosto fuimos a la playa. El mar estaba muy agitado; un estudiante imprudente se metió al agua, e inmediatamente fue arrastrado por las olas. Yo y otros dos compañeros, nadadores expertos, nos lanzamos en auxilio de nuestro hermano, pero a causa de la borrasca también nosotros fuimos arrastrados por las olas, lanzados contra los escollos y absorbidos repetidamente.

En aquellos instantes, medio aturdido, pensé que estaba a punto de morir y me dije a mí mismo: «Ya no seré sacerdote». Entonces invoqué a Luisa y dije: «*¡Luisa la Santa, ayúdame tú!*» y me abandoné sin reaccionar. De repente, sentí que mi cuerpo era aferrado por las manos de otros compañeros míos, los cuales me sacaron a la playa antes de que las olas me arrastraran definitivamente.

Salí del mar totalmente magullado y ensangrentado, pero vivo. Luisa me había salvado, junto con los otros tres estudiantes, compañeros míos de desventura.

La noche siguiente, soñé que Luisa me miraba con sus dos ojos grandes, que yo llevaba grabados en mi memoria, pero no me dijo nada.

¿Había sido un sueño profético o un delirio? El hecho es que en los días siguientes tuve una fiebre muy alta, pero luego curé de la enfermedad.

Al año siguiente llegué a ser sacerdote. Fui ordenado por el entonces arzobispo de Bari, mons. Enrico Nicodemo, en la iglesia de los Padres Capuchinos de Triggiano, el 14 de marzo de 1964.

***

CAPÍTULO SEXTO

Profecía de la púrpura

Otro personaje muy vinculado a Luisa Piccarreta fue el Cardenal Cento, de venerada y santa memoria.

El Cardenal Cento frecuentaba la casa de Luisa periódicamente, desde los albores de su sacerdocio. Del Cardenal Cento mi tía Rosaria me hablaba a menudo e, incluso cuando ya había sido elevado a la dignidad cardenalicia, seguía llamándolo sencillamente el padre Cento o Don Cento.

Al inicio no comprendí que se trataba del Cardenal Cento. Una vez, encontrándome en casa, tomé de manos del cartero una carta en la que destacaba un timbre del Vaticano y un escudo cardenalicio, y sólo entonces comprendí quién era el padre Cento, del que tanto hablaba mi tía. Le pedí que me explicara por qué llamaba así a un Cardenal, pero ella me respondió: «*Con el padre Cento yo tenía mucha confianza; lo trataba como si fuera mi hermano. Cada vez que venía a Corato a casa de Luisa, era yo quien lo acompañaba a los diversos lugares: a ver al arcipreste o al obispo en Trani, y muchas veces le mostré las bellezas de Corato. Era una persona alegre, solía bromear y, cuando celebraba la Santa Misa, parecía un ángel. Conocí al padre Cento desde mi juventud y, en varias ocasiones, comimos juntos en casa de Luisa, con Angelina. Con Luisa, el Cardenal Cento mantenía largas conversaciones. Y una vez me dijo: "Luisa me dice siempre que me teñirán de rojo, pero yo* -y esto lo decía bromeando- *trataré de que no me vistan con ropa de carnaval". Un día vi al padre Cento con rostro triste y fue la única vez que no bromeó; habló muy poco. Fue cuando Luisa fue condenada. A pesar de la censura del Santo Oficio, el padre Cento no dejó de visitar a Luisa y cuando le pregunté por qué había sucedido aquel desastre, el padre Cento me respondió secamente: "Por favor, Rosaria, no hables de estas cosas, porque quien más sufre por ello somos nosotros". Y, después de un largo silencio, añadió: "Son pruebas tremendas que el Señor nos manda"*».

Como se sabe por la crónica, el padre Cento fue un personaje destacado en la Curia Romana.

Mi tía Rosaria mantuvo correspondencia epistolar con el Cardenal Cento y, al parecer, él utilizó toda su influencia cuando se trató de trasladar el cuerpo de Luisa del cementerio a la iglesia de Santa María Greca.

Llegado a este punto, debo confesar una falta grave: no supe recoger las cartas que el Cardenal Cento enviaba a mi tía. En efecto, cuando murió piadosamente mi tía Rosaria, mis sobrinos, al deshacer la casa, tiraron todo ese material, que, a su juicio, no tenía ninguna importancia, y entre ese material se hallaban las cartas del Cardenal Cento.

Fue una gran pérdida. Esa fuente hubiera dado mucho valor a lo que he expuesto anteriormente y, además, hubiéramos conocido el pensamiento del Cardenal Cento sobre la figura de Luisa Piccarreta. Se debería investigar en los archivos de la familia del Cardenal para recuperar ese valioso material.

El obispo curado

Corría el año 1917. El nuevo arzobispo de Trani, mons. Regime, tal vez por influencia de una parte del clero que no sólo no daba importancia a todo lo que acontecía a Luisa Piccarreta, sino que manifestaba abiertamente su hostilidad hacia la Sierva de Dios, había preparado un decreto muy rígido con respecto a Luisa: en él se prohibía a los sacerdotes acudir a su casa y celebrar allí la Santa Misa, privilegio concedido a Luisa por el Papa León XIII y confirmado por el Papa Pío X, en 1907.

Esa disposición se debía leer en todas las iglesias de la diócesis.

He aquí cómo se desarrollaron los hechos (1).

Mientras estaba estampando su firma en el «famoso decreto», mons. Regime quedó repentinamente afectado por una parálisis parcial. Cuando fue auxiliado por los sacerdotes presentes en el suceso, con diversas señales les dio a entender que quería ser llevado a casa de Luisa.

Mi tía Rosaria describió así este singular episodio: «*Eran cerca de las once, cuando escuchamos el ruido de una carroza que se detuvo exactamente bajo el portón de la casa de Luisa. Yo me asomé al balcón para ver quién era y comprobé que eran tres sacerdotes, uno de los cuales era transportado casi en brazos por los otros dos. Luisa me dijo: "Abre la puerta, que viene el obispo". En efecto, detrás de la puerta se hallaba mons. Regime, sostenido por otros dos sacerdotes.* -Probablemente el vicario y el canciller de la Curia de Trani-. *El obispo pronunciaba palabras incomprensibles. En seguida lo acompañaron a la habitación de Luisa. Era la primera vez que acudía a la casa de la Sierva de Dios, la cual,*

apenas lo vio, le dijo: "Excelencia, bendígame". El obispo levantó el brazo, como si nada hubiera sucedido anteriormente, y la bendijo. ¡Estaba completamente curado!

Mons. Regime permaneció en la habitación de Luisa, en conversación secreta, cerca de dos horas, y, con sorpresa de todos, especialmente de los sacerdotes presentes, salió de la habitación sonriendo. Bendijo a los presentes y se marchó».

Se intentó mantener en secreto ese suceso y se logró con respecto a la mayor parte de la gente. Mientras permaneció en Trani, mons. Regime visitó periódicamente a Luisa Piccarreta, con la que mantenía conversaciones espirituales. En el clero ese episodio suscitó un temor sagrado y el santo confesor de Luisa, Gennaro di Gennaro, pudo continuar su ministerio con más serenidad. También Aníbal María de Francia, después de ese acontecimiento, intensificó sus visitas a la Sierva de Dios.

NOTAS

1) El episodio me lo narró mi tía Rosaria y me lo confirmaron mi párroco, don Cataldo Tota, la señorita Mangione, y la entonces ministra de la Tercera Orden Dominicana, señorita Lina Petrone.

Un día, Don Cataldo, mientras hablaba con algunos fieles (demasiado celosos) de Luisa la Santa, pronunció estas palabras: «*Con los santos es preciso bromear poco; de lo contrario, se puede caer en alguna desgracia. Los santos son de Dios, no de los hombres. Por eso, estad atentos a que no os suceda lo que aconteció a mons. Regime, el cual se apresuró demasiado a estampar la famosa firma*».

CAPÍTULO SÉPTIMO

Luisa y los niños de Corato

En Corato, entre las mujeres ancianas, incluso durante mi infancia, corría la voz de que cuando Luisa salía de casa, por la noche, en carrozas cerradas, de modo que nadie pudiera verla, los niños de Corato corriendo delante de la carroza gritaban: «¡Pasa Luisa la Santa!». Luisa salía sólo de noche, por disposición de la autoridad eclesiástica, para que se evitaran reuniones masivas de gente y escenas de fanatismo. Al menos una vez al año -de ordinario en verano- Luisa era trasladada a otra casa, para que se pudiera realizar una limpieza extraordinaria: repintar las paredes de las habitaciones, con cal blanca, cambiar la paja de los jergones o la lana, que se lavaba y suavizaba.

Muchas familias de clase acomodada de Corato se disputaban la suerte de hospedar a Luisa en esas ocasiones. Entre ellas, destacaban las familias Capano, Cimadomo, Padroni Griffi, Azzariti y otras, las cuales enviaban su propia carroza para recoger a Luisa. Durante el traslado secreto sucedía que los niños de Corato, casi como si recibieran una inspiración, se reunían y gritaban por la calle la noticia del paso de Luisa, diciendo: «¡*Salid todos, pasa Luisa la Santa*!», y todos salían al umbral de sus casas con lámparas encendidas.

Un día descubrí que también mi padre había participado varias veces en esas reuniones nocturnas, junto con los demás muchachos del pueblo, con ocasión del paso de Luisa. Ya siendo yo grande y estudiante capuchino, le pregunté a mi padre: «*¿Os avisaba alguien del traslado*?». Él me respondió: «*No; sentíamos algo dentro de nosotros y comprendíamos que pasaría la carroza con Luisa*».

El soldado fallido

A causa de varios sucesos acaecidos en el tiempo y de los reveses económicos, nuestra familia, que era de clase acomodada, casi llegó al nivel de la indigencia. Por las diversas desgracias que se abatieron sobre la familia (la muerte de dos hermanas de mi tía y la parálisis parcial de su padre; el hermano mayor emigró a Argentina en busca de fortuna) toda la propiedad fue vendida o hipotecada.

Sólo quedaba el hermano menor, Francisco, para poder administrar el patrimonio, reducido a un horno de leña, pero que bastaba para mejorar las condiciones económicas de la familia. Entretanto había estallado la Primera Guerra Mundial y Francisco fue llamado a filas.

La mamá de mi tía le pedía a su hija que hablara con Luisa, porque sólo ella podía encontrar un remedio para su situación. Pero mi tía Rosaria hacía oídos sordos, hasta que un día su madre, poniéndose enérgica, le dijo: «*Si no hablas hoy con Luisa, desde mañana no irás ya a estar con ella y te quedarás en casa a hacer los quehaceres*».

Mi tía Rosaria, en cuanto llegó a casa de Luisa, con el rostro enojado, fue llamada por ella, que le dijo: «*¿Por qué no me dices nada? Yo lo sé todo desde hace tiempo. Di a tu madre que Francisco no partirá*». Y así aconteció...

El día en que mi padre se debía presentar a filas, se le hinchó muchísimo el cuello, sin que sintiera dolor alguno, hasta el punto de que lo emplazaron para un nuevo examen médico. Al volver a casa, durante el trayecto, la hinchazón desapareció. Este mismo fenómeno se repitió durante tres años, hasta que fue declarado inútil.

Esto me lo confirmó mi padre, que decía, en su dialecto coratino: «Aquella mujer me hizo ver cosas nuevas», y con gestos y palabras me explicaba lo que había sucedido.

En efecto, dirigiendo el trabajo del horno, mi padre logró mejorar, al menos en parte, las condiciones económicas de la familia.

El niño resucitado

Este hecho extraordinario me lo narró la señorita Benedetta Mangione, muy anciana, coetánea de mi tía Rosaria, la cual también formaba parte del grupo de muchachas que frecuentaban a Luisa para aprender el bordado con bastidor.

He aquí su narración: «*Una mañana de un día de 1920 o 1921, mientras estaba yo en casa de Luisa, después de asistir a la Santa Misa celebrada por su confesor, Gennaro di Gennaro, entró en la habitación de la Sierva de Dios una mujer joven totalmente agitada que, con gritos de desesperación, apoyó en las rodillas de Luisa a su bebé muerto, mientras ella se arrodillaba a su cabecera, llorando desesperadamente. Todos quedaron sorprendidos y Rosaria trataba de que la mujer se levantara. Por el modo en que habló, comprendí que era pariente suya. Luisa no se molestó con la escena y se puso a acariciar al niño, que estaba sobre sus rodillas, y dijo a la madre: «¿Qué haces, Serafina? ¡Toma a Luis y dale la leche, pues tiene hambre!". Y se lo puso en los brazos*».

Luego, mi tía Rosaria la invitó a salir de la habitación y a volver a casa. La joven obedeció prontamente.

La señorita Mangione, al igual que todos los que se encontraban en la habitación, tuvieron la sensación de que el niño había resucitado. Pero, sabiendo que Luisa no quería que ciertas cosas se supieran, no hablaron con nadie de lo acontecido.

Rosaria cerró las cortinillas de la cama de Luisa e hizo que todos salieran, diciendo que Luisa debía hacer su acción de gracias por la comunión, que acababa de recibir.

Tampoco su confesor dijo palabra alguna, sino que se marchó inmediatamente, junto con la madre del niño.

Algunos días después de este episodio, mi tía Rosaria dijo a Angelina: «*Aquellos dos* -refiriéndose a su hermano y a su cuñada, que estaban recién casados- *deben dejar de ir al teatro; de lo contrario, acabarán ambos en la cárcel*».

He aquí cómo se desarrollaron los hechos que llevaron a la presunta muerte del bebé.

Los recién casados, Francesco Bucci y Serafina Garofalo, eran muy aficionados al teatro, al que acudían con frecuencia. Les nació un hijo, al que llamaron Luigi. Una tarde, en el teatro de Corato, se representaba una ópera de Verdi, me parece que se trataba de *Rigoletto.* La tentación fue tan fuerte que los dos dejaron al bebé en la cuna y se fueron al teatro. Al volver del teatro, ya casi al alba, cuando entraron en casa, se encontraron con que el niño se había dado la vuelta en la cuna y se había asfixiado. En medio del pánico, el padre, Francesco, huyó de Corato, mientras la madre, Serafina, presa de la desesperación, envolvió al niño en una manta y lo llevó a Luisa. De ese episodio en la familia no se ha hablado nunca. Sólo una vez mi madre, Serafina Garofalo, se refirió a un niño resucitado, pero, tal vez por sentirse culpable, no dijo de quién se trataba.

Lo que yo puedo atestiguar es que mi madre amaba profundamente a su hijo primogénito y sentía una gran veneración por Luisa la Santa, hasta el punto de que hablaba a menudo de ella. También mi hermano Luigi sentía la misma veneración por Luisa. En efecto, después de la condena de 1938, mi tía Rosaria vino a nuestra casa y quería quemar todos los objetos que pertenecían a Luisa, pero mi hermano, que entonces tenía dieciocho años y estaba a punto de hacer el servicio militar, se opuso con todas sus fuerzas. Y cuando le dijeron que quien no obedece a la Iglesia va al infierno, respondió: «*Me voy al infierno, pero esas cosas no se queman*» y, por precaución, colocó todos los objetos pertenecientes a Luisa en un pequeño contenedor y se los llevó consigo.

Actualmente esos objetos están en manos de mi cuñada, Rita Tarantino, y de sus hijos, que los conservan celosamente.

Isa Bucci y Luisa Piccarreta

Frecuentaban la casa de Luisa mis hermanas Luisa, María, Gemma, y mis hermanos Agostino, Luigi y también el más pequeño de la familia, Giuseppe, llamado Peppino.

Todos ellos han dejado escritos sus testimonios sobre Luisa Piccarreta, pero se han limitado a lo esencial, por un cierto sentido de pudor. En efecto, yo estoy al corriente de otros sucesos que se narraban en la familia.

Mi hermana Luisa, la mayor, era quien más frecuentaba a la Sierva de Dios, no como aprendiz, sino en calidad de sobrina de mi tía Rosaria. Ella, en varias ocasiones, ayudaba a Angelina y a mi tía Rosaria en los quehaceres domésticos y tenía con Luisa una relación de gran familiaridad. En efecto, fue ella quien asistió a Luisa, de noche, durante su última enfermedad. Cuando el médico aseguró que Luisa había muerto, fue ella quien tomó la iniciativa de desvestirla, de revestirla y de intentar acostarla sobre la cama.

***

Esto es lo que dijo cuando vino a casa: «*Al morir Luisa se creó un clima mezcla de veneración y temor. Nadie se atrevía a tocarla. Mi tía Rosaria y Angelina habían sido sacadas, llorando, de la habitación de Luisa. Yo traté de acostarla en la cama, pero la operación me resultó imposible. En efecto, o levantaba las piernas o abría la boca, como si quisiera decir: "Dejadme así". Entonces, propuse a los presentes, entre los que estaba su sobrina Giuseppina, que la cambiáramos en seguida, antes de que le llegara la rigidez. Eso es lo que hicimos. Luego, la trasladamos a la habitación contigua, donde se preparó una especie de catafalco totalmente blanco. Lo que más me sorprendió es que al trasportarla tuve la impresión de que Luisa no pesaba nada. Así comprendí por qué, muchas veces, mi tía Rosaria con suma facilidad la ponía en el cochecito, cuando le arreglaba la cama. Sobre el pecho de Luisa pusimos una especie de babero con el lema FIAT y la cruz de las terciarias dominicas*».

La camisa que le quitaron a Luisa, fue plegada por mi hermana y llevada a mi tía Rosaria, que le dijo: «*Llévatela a casa*». Esta camisa ahora es propiedad de mi hermana Gemma.

La cruz de las terciarias dominicas, que Luisa llevaba en su lecho de muerte, después de quitárselo del cadáver el día de la sepultura, mi tía Rosaria siempre lo llevó encima. Ahora la tengo yo y la guardo celosamente.

***

Gemma Bucci y Luisa Piccarreta

Todos nosotros, de pequeños, frecuentábamos la casa de Luisa, especialmente mis hermanas, que iban también ellas a aprender los rudimentos del bordado con bastidor. Mi hermana Gemma tenía casi la misma edad que yo e iba de buen grado casi todos los días con mi tía Rosaria a la casa de Luisa Piccarreta. Gemma era una niña delgada y pequeña. La querían mucho mi tía Rosaria y Luisa. En efecto, el nombre de Gemma se lo puso precisamente Luisa. Ella sugirió a mis padres que me llamaran Giuseppe e hizo que a mi hermana le cambiaran el nombre de Giuseppina por el de Gemma. Y así se hizo. A mí me dieron el nombre del padre terreno de Jesús. Y a mi hermana, desde los dos años, siempre la llamaron Gemma, aunque no fue posible modificar el registro civil, a causa de las complicaciones burocráticas.

Gemma entraba y salía con mucha familiaridad de la habitación de Luisa. A esta le complacía su viveza y le encargaba que recogiera los alfileres que caían al suelo. En una ocasión, la pequeña Gemma se escondió bajo la cama de Luisa, tal vez para dar una sorpresa a mi tía Rosaria, y fue testigo involuntaria de un fenómeno místico. Luisa tenía junto a su cama una mesita de noche, sobre la que se hallaba una campana de cristal que contenía al Niño Jesús.

En un momento determinado, mi hermana percibió algo insólito: se había creado un gran silencio; no se escuchaba ni siquiera el murmullo de las muchachas que trabajaban en la habitación contigua. Gemma, entonces, salió de debajo de la cama y vio que el Niño se había animado y estaba en los brazos de Luisa, que lo besaba repetidamente. Gemma no recuerda cuánto tiempo permaneció inmóvil contemplando la escena; sólo recuerda que, en cierto momento, sin que sintiera nada extraño, todo volvió a la normalidad. Mi tía Rosaria entró, como de costumbre, a la habitación, y Luisa estaba bordando, como solía. Este episodio nunca me lo relató mi hermana en su infancia. Conservó celosamente lo acontecido en su corazón. Sólo llegué a saber lo ocurrido por el testimonio (ahora forma parte de las actas) que dio durante el proceso diocesano de canonización. Creo que Luisa

protegió continuamente a mi hermana Gemma. Al respecto, fui testigo de una gracia especial.

Al nacer su segundo hijo, a causa de la inexperiencia del médico y de sus auxiliares, mi hermana estuvo a punto de morir. En efecto, durante el parto el útero se dañó y se produjo una terrible hemorragia. El doctor salió de la sala operatoria y dijo estas escalofriantes palabras a los familiares: «*Hemos salvado al niño, pero por la madre no hay nada que hacer*». Mientras los demás estallaron en lágrimas, me acordé de la camisa de Luisa. Inmediatamente corrí a Corato y me dirigí a la casa paterna. Desperté a mi tía Rosaria, aunque ya estaba muy entrada la noche, y le conté lo sucedido; luego, le pedí la camisa, que ella llorando sacó de la cómoda. Volvimos juntos al hospital de Bisceglie. Pedimos a una enfermera que pusiera la camisa bajo la cabeza de Gemma y ella cumplió en seguida la orden. El médico principal ya se había marchado. Inmediatamente después, vimos a su auxiliar, que nos dijo: «*Si dais vuestro consentimiento, la opero en seguida*». Le dimos el consentimiento, aunque el marido de Gemma había dicho: «*Si está inconsciente, operad; de lo contrario, es inútil hacerla sufrir más*».

Llegó un amigo de mi cuñado, que era enfermero en el hospital psiquiátrico de Bisceglie, el cual se prestó a donar seis litros de sangre, necesarios para la transfusión. La operación fue un éxito y Gemma se salvó. Mi tía Rosaria vio en ello la mano de Luisa.

He aquí el relato de Gemma: «*Mientras el doctor me operaba, yo vi a Luisa al pie de mi cama con el niño en los brazos, y me dijo: "Éste es para el Paraíso; tú, en cambio, vivirás mucho tiempo". Y yo era consciente, no sé cómo, de que tenía bajo la cabeza su camisa*».

Al día siguiente, el niño se enfermó misteriosamente de bronquitis aguda. Yo lo bauticé e, inmediatamente después, el niño murió. Este episodio fue considerado por toda la familia un auténtico milagro. Por desgracia, en ese tiempo no se pensaba en el proceso de canonización y, por tanto, no se pensó en recoger los testimonios del cirujano y de los enfermeros, también ellos convencidos de que mi hermana se salvó sólo por un milagro, al ser un caso clínico único e inexplicable.

***

Federico Abresch, terciario franciscano. Por voluntad del Padre Pío de Pietrelcina fue el primer apóstol de la Divina Voluntad en San Giovanni Rotondo y divulgador de los escritos de Luisa Piccarreta.

CAPÍTULO OCTAVO

Una curación

Una señora, vecina de casa, relataba un episodio acontecido en 1935.

Una parienta suya, la cuñada, se hallaba moribunda a causa de un tumor en la cabeza.

En su casa había quedado sólo una hija, Nunzia, porque el padre y los dos hermanos habían sido llamados a filas para la conquista de Etiopía.

Esta familia poseía muchas hectáreas de terreno.

La muchacha recurrió a mi tía Rosaria para tener una conversación con Luisa, albergando en su corazón la esperanza de una curación.

Mi tía Rosaria, conmovida por la petición de la muchacha, le prometió ayudarla y habló de lo sucedido con Luisa, la cual pronunció estas palabras: «*No debe venir a hablar conmigo, porque yo no puedo hacer milagros; y, aunque no venga, pediré por ella al Señor. Entretanto, llévale este mensaje: en Santa María Greca se celebran las Cuarenta Horas. Que vaya a orar al Señor y le pida a él todas las gracias que necesite, pero dile que lo haga con gran fe*».

La muchacha, recibido el mensaje, se sintió defraudada. Hubiera querido encontrarse personalmente con Luisa para exponerle sus problemas.

Mi tía Rosaria notó la actitud de la muchacha y le dijo: «*Haz lo que te dijo Luisa*». En efecto, mi tía Rosaria conocía bien a Luisa y sabía interpretar sus palabras.

La muchacha fue a la iglesia, se arrodilló ante el Santísimo y desahogó todas sus penas.

Después de dos horas aproximadamente, volvió a casa; notó un gran silencio. Una parienta suya, a la que había dejado para asistir a su mamá, durante su ausencia se había alejado.

Nunzia, al entrar en el dormitorio, se encontró con una escena escalofriante: su mamá se hallaba en medio de un charco de sangre; la cama estaba totalmente ensangrentada.

La pobre muchacha, ante ese espectáculo, lanzó un grito de dolor, creyéndola muerta; pero sucedió algo increíble. Su mamá se despertó, como si saliera de un largo letargo, y le preguntó, sorprendida, por qué había lanzado ese grito.

El tumor se había licuado, saliendo de la cabeza ensanchada, a través de la nariz, y se había esparcido por la cama.

Ella estaba perfectamente curada.

Nunzia, juntamente con su madre, acudió, algunos días después, a casa de Luisa para darle las gracias, pero no fueron recibidas porque la Sierva de Dios les hizo saber que de la gracia ella no sabía nada, ni tenía nada que ver, expresándose con estas palabras: «*Que vayan a agradecer al Señor la gracia recibida*». (1)

El capricho de los caballos

En 1970, cuando yo era vicepárroco de la parroquia de la Inmaculada de Barletta y asistente local y regional de la Juventud Franciscana, después de la Santa Misa dominical para los jóvenes, de las diez de la mañana, mientras me quitaba los ornamentos sagrados, entró en la sacristía la señora Livia D'Adduzzio. Dado que me había escuchado hablar de Luisa Piccarreta en una homilía, me dijo que era de Corato y que había conocido a Luisa en su juventud.

Yo presté mucha atención a las palabras de la señora D'Adduzzio, terciaria franciscana, que frecuentaba regularmente la parroquia.

Era la esposa de Savino D'Adduzzio, un gran bienhechor del convento: fue él quien financió los grafitos del padre Ugolino da Belluno, realizados en el santuario.

La familia D'Adduzzio era muy rica; poseía muchas tierras, pero el matrimonio formado por Savino y Livia no tenía hijos.

Fijé una cita con la señora D'Adduzzio para grabar sus recuerdos sobre la Sierva de Dios. Al día siguiente, me dirigí, a las nueve de la mañana, a la casa de los D'Adduzzio, ubicada en una transversal de la calle Milano, a unos cincuenta metros de la parroquia.

La señora D'Adduzzio estaba muy bien informada de la vida y de los fenómenos referentes a Luisa. Algunos yo los ignoraba completamente. Me dijo también que conocía bien a mi tía Rosaria y a Angelina, la hermana de Luisa, y que también había asistido a los funerales de la Sierva de Dios.

Entre tantas cosas que me contó, hablando con entusiasmo, llamó mi atención el fenómeno de los caballos, que yo desconocía. Hice que repitiera varias veces el episodio y tomé apuntes.

He aquí su testimonio: «*En 1915 yo tenía diez años y me encontraba con mi madre en Santa María Greca, donde se desarrollaban solemnemente las Santas Cuarenta Horas. Mientras estábamos escuchando la reflexión eucarística del sacerdote, oímos un gran*

alboroto, procedente del exterior de la iglesia: palabras y gritos de un hombre que decía: «riá, riá» y ruidos de latigazos.

Todos los muchachos que se encontraban en la iglesia, impulsados por la curiosidad, salieron inmediatamente, seguidos del sacerdote y de algunos fieles. Vimos dos caballos arrodillados ante la Iglesia unidos a una carroza cerrada.

El sacerdote comprendió inmediatamente de qué se trataba y arrodillándose dijo: «Es Luisa la Santa, que está adorando a Jesús Eucaristía».

Todos nos arrodillamos en medio de un gran silencio y, después de no sé cuanto tiempo, el sacerdote abrió la puerta de la carroza; dijo algunas palabras a Luisa; luego, prontamente, los caballos se levantaron y partieron.

Todos volvimos a la iglesia, y seguimos escuchando la meditación del presbítero».

Después del relato, le hice algunas preguntas: «¿Está segura de que en aquella carroza se hallaba precisamente Luisa?. Yo sabía que Luisa no salía nunca de casa».

«*Es verdad* -me respondió-; *sus salidas eran rarísimas y nocturnas, sólo motivadas por factores higiénicos, para eliminar los parásitos de los colchones de paja o de lana, y especialmente las pulgas y chinches, comunes en un ambiente campesino*».

«¿Cómo puede asegurar que los caballos se arrodillaron para permitir a Luisa adorar a Jesús Eucaristía?».

«*Sólo puedo decir que todos creyeron en un milagro y el fenómeno fue objeto de discusiones en todo Corato. Ciertamente, hubo muchos que no creían, especialmente los sacerdotes, que predicaron que Luisa no tenía nada que ver, que había sido sólo un capricho de los caballos, que por pura casualidad se habían detenido ante la iglesia de Santa María Greca, negando que en aquella carroza estuviera Luisa*».

Le hice una última pregunta: «¿Está usted segura de que en aquella carroza se hallaba Luisa?». «*Segurísima* -me respondió-. *Yo vi a Luisa en la carroza cuando el sacerdote abrió la puerta y le habló. Me parece que el sacerdote era don Gennaro di Gennaro*».

«Pero ¿era el confesor de Luisa, nombrado por el obispo?», insistí.

«*Eso no lo sé; sólo puedo afirmar que era un santo sacerdote, estimado en todo Corato y que había recibido una gracia de Luisa*».

Con estas palabras terminó la conversación con la señora D'Adduzzio. (2)

El cenáculo de la calle Panseri

Estamos en 1943-1944. En la calle Panseri, mi familia tenía un horno de leña que rendía mucho.

Junto al horno vivía mi tía Nunzia, hermana de mi madre, que, al quedar viuda, se había casado con otro viudo, al que llamábamos tío Ciccil, de oficio campesino.

Frente a la casa de mi tía vivía una familia muy pobre y numerosa. Todo su patrimonio consistía únicamente en una vaca. Vivían de lo que ganaban vendiendo la leche y de otros recursos, como pequeños hurtos y cosas semejantes.

La madre se llamaba María, pero todos la llamaban Marietta la vaquera.

Esta familia, sin embargo, tenía algo especial: en su casa se reunía la gente de la calle en torno a una gran chimenea; solían invitar a un viejo ciego, que con su mandolina cantaba los episodios que caracterizaban los acontecimientos ciudadanos, antiguos y nuevos. Al cantar, encantaba a todos: es una lástima que entonces no hubiera grabadoras para recoger todas sus coplas.

Cantaba, relatando, a petición, hechos realmente sucedidos.

Era un rapsoda, un Homero en miniatura. Sus hermosísimos relatos, que iban de lo religioso a lo trágico, de lo ejemplar a lo heroico, como la narración de aquella madre que se dejó matar para salvar a su hijo perseguido por los garibaldinos.

Yo, que entonces tenía unos nueve o diez años, solía frecuentar ese cenáculo en compañía de mi tía Nunzia. Recuerdo que me sentaba sobre las rodillas del hijo mayor de Marietta, llamado Pasquale.

Una tarde muy fría, el ciego cantó las gestas de Luisa la Santa.

La describía como una gran heroína, suspendida entre el cielo y la tierra, entre los ángeles y los santos. Dos episodios me impresionaron en especial: Jesús que le hablaba mientras llevaba la cruz a hombros y el episodio de Torre Disperata, donde el Niño Jesús jugaba y corría entre los campos de trigo llevando de la mano a la *pequeñita* (la pequeña Luisa).

Cuando relaté estas cosas en mi casa, mi madre me prohibió que frecuentara a esa familia e incluso regañó a mi tía Nunzia.

Mi tía Rosaria, cuando escuchaba cosas del estilo sobre Luisa, se turbaba muchísimo y pedía a mi padre que hiciera que el viejo cantor ciego eliminara de su repertorio a Luisa la Santa.

Todo ello constituía para mi tía una profanación.

Ya de grande, he pensado y vuelto a pensar muchas veces en aquel viejo ciego: si hubiéramos tenido la posibilidad de grabar todas sus coplas sobre Luisa, tal vez hubiéramos tenido un poema entero sobre la Sierva de Dios. Una cosa es cierta: Luisa había causado una impresión tan fuerte en el ambiente de Corato que era considerada una heroína de santidad.

El caballo curado

En Corato, especialmente en las tardes de invierno, muchas familias solían reunirse en una misma casa en torno a un brasero y daba gusto escuchar todo lo que los ancianos contaban.

Entre los episodios ciudadanos, antiguos y nuevos, que se relataban, había muchos que se referían a Luisa la Santa.

Fue precisamente en uno de esos cenáculos populares donde escuché el episodio del caballo. Un hombre muy anciano, casi centenario, contaba, con viveza y con gestos significativos, el episodio del caballo en el dialecto de Corato, en aquel tiempo aún puro.

He aquí su relato:

«Cuando yo era pequeño, vivía en la calle delle Murge, cerca de la casa de Luisa la Santa.

Era yo muy niño cuando a su pobre familia le sucedió una desgracia: una mañana en el establo encontraron a su caballo echado en el suelo, moribundo. Llamaron al veterinario, que aconsejó al papá de Luisa que vendiera inmediatamente la bestia al carnicero para sacar algo de dinero, pues a la pobre bestia le quedaba ya muy poco tiempo de vida.

Esta noticia provocó gran angustia en toda la familia Piccarreta, porque el caballo constituía un medio necesario para su sustento.

La familia Piccarreta no era rica; sólo contaba con lo que ganaba el padre con su trabajo.

El compadre Nicola, al escuchar la noticia, con gran dolor, dijo: «Y ahora, ¿cómo saldremos adelante? ¿Quién dará de comer a estas cinco mujeres?», refiriéndose a las hijas.

Toda la familia y los vecinos se hallaban en el establo, excepto Luisa, que entonces tenía cuatro años y estaba muy encariñada con el caballo. Su mamá no permitió que Luisa bajara al establo, para no causarle dolor.

Toda la familia vivía en unas pocas habitaciones, reservadas para ella, de la casa de los señores, de quienes el padre era empleado y para quienes trabajaba en la hacienda de Torre Disperata.

Pero la niña logró bajar al establo.

A esta escena asistí yo personalmente.

Luisa se acercó al caballo, le acarició la cabeza, lo llamó por su nombre y le dijo: «No te mueras, porque te quiero mucho».

A estas palabras, el caballo prontamente se levantó.

El veterinario comprobó que la fiebre había desaparecido y el caballo estaba nuevamente sano como un «pez».

La madre, Rosa, tomó a su hija del brazo y le dijo: «Hija mía», y se la llevó.

Todos quedamos asombrados ante un hecho semejante, y durante mucho tiempo en el barrio de la calle delle Murge sólo se habló del caballo curado. Una anciana dijo: «Sobre esa niña está el dedo de Dios y todo Corato quedará encantada por las cosas que sucederán"».

Así terminó el relato del anciano casi centenario.

El soldado novio

Una señora muy anciana, llamada María Doria, a la que yo conocí, contaba que su madre, coetánea de Luisa, en verano solía ir a la zona de *Torre Disperata*, a una hacienda cercana a aquella donde vivía la familia Piccarreta.

Esta señora estaba al tanto de los fenómenos relacionados con Luisa Piccarreta niña; se los había narrado su madre con lujo de detalles.

Su madre, en su infancia solía acompañar y jugar con Luisa y con sus hermanas, pues eran amigas íntimas.

Muchas veces notaban que Luisa jugaba con un muchacho desconocido.

Al principio creían que venía de un caserío cercano.

Lo raro era que sólo jugaba y hablaba con Luisa y, después de cierto tiempo, se iba.

Las hermanas y las amigas le preguntaban quién era ese muchacho.

Ella, sonriendo, no respondía nada. Una vez dijo «*Sí*», cuando le hicieron una pregunta pilla: «¿Es tu novio?».

Con el tiempo comprendieron que se encontraban ante un fenómeno sobrenatural: se trataba realmente del Niño Jesús, que se manifestaba bajo las apariencias de un adolescente. El fenómeno se verificaba cada vez que Luisa era atacada por las fuerzas diabólicas.

La aparición de Jesús era la consolación por lo que había sufrido. Una vez, la encontraron metida, como una espiral, entre los barrotes de hierro de su cama y fue necesaria la intervención del herrero para librarla.

Lo sorprendente fue que su cuerpo quedó ileso.

Otra vez la encontraron junto a la bóveda de la habitación, pendiendo de un gancho donde de ordinario se colgaban los embutidos.

Frente a estos fenómenos Luisa se libraba normalmente con oraciones dirigidas a la Santísima Virgen, encontrando refugio en la cavidad de un gran tronco de moral, que aún existe en ese lugar.

En otra ocasión, vieron que de un pequeño montículo cercano a la hacienda se elevaba una gran llama, y dado que Luisa solía jugar en ese montículo, su mamá y su papá acudieron inmediatamente para apagar el fuego. Fue inútil su carrera: Luisa estaba tranquilamente sentada encima de una roca, mirando al cielo, sin rastros de fuego en torno a su persona.

Muchas veces Luisa se ponía a contemplar el sol, en pleno mediodía, sin que sus ojos sufrieran daño alguno. Mi tía Rosaria me dijo que este fenómeno duró hasta su muerte. En efecto, a través de sus escritos, podemos descubrir que el sol era un astro privilegiado para Luisa. Lo relacionaba con la Santísima Trinidad.

Los años habían pasado; Luisa era ya famosa en todo Corato; estaba en su apogeo la guerra mundial. El hermano soldado de la señora María Doria anunció, con una carta enviada desde Sicilia, su noviazgo con una joven de la isla.

La mamá se entristeció mucho porque su hijo ya estaba comprometido con un «buen partido», una joven rica de Corato. Había sido un noviazgo arreglado por los padres, como solía hacerse en aquella época. La mamá lloraba y exclamaba: «¡*Pobre hijo mío, lo han embrujado; la mafia ha entrado en mi casa*!». En Sicilia, en esos tiempos, campaba por sus fueros el bandido Giuliani.

Un día pidió a su hija mayor que acudiera a Luisa y le dijera que era la hija de su amiga de infancia, y que se fijara en las palabras que pronunciara.

La muchacha fue a la casa de Luisa, en la calle Maddalena; llevó los saludos de su madre, muy gratos a Luisa y la conversación versó sobre el período en que se estaban en las haciendas de *Torre Disperata*. Luisa añadió: «¡*Cuántas oraciones y cuántas mortificaciones en aquellos lugares*!». Luisa, agradeciendo a la muchacha la cortesía, dijo que refiriera a su madre que orara mucho, como hacían cuando estaban en la hacienda, y que hiciera todos las prácticas de piedad que nunca debían descuidarse para que se pudiera cumplir la Voluntad de Dios.

Luego, a quemarropa, mirándola, dijo: «*Pero, ¿por qué estás triste?*». Y la muchacha contó el caso de su hermano y las preocupaciones de su madre.

Luisa le dijo: «*¿Cómo puede decir que esa muchacha es peor que la primera? Que ore al Señor y su corazón se verá consolado*».

La muchacha llevó la respuesta de Luisa a su mamá, que exclamó: «*¡Mi hijo está a salvo!*». En efecto, luego supo que la joven siciliana era de buena familia, religiosísima; en su familia había incluso dos tíos sacerdotes.

El joven, más tarde, se casó en la isla, formó una magnífica familia y constituyó así la felicidad de su madre.

NOTAS

1) He recogido muchos otros relatos de curaciones, pero no he creído conveniente publicarlos, porque no se tienen documentos que certifiquen los hechos. Algunos sucedieron durante la vida de Luisa; otros después de su muerte. Podrían entrar en la colección genérica de memorias. Muchos episodios recogidos, con autorización del venerado arzobispo mons. Giuseppe Carata, bajo juramento y firmados, se conservan ahora en el archivo de la causa de beatificación de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta. He creído conveniente dar a la prensa el milagro citado porque me parece el más auténtico, y también lejano en el tiempo, por lo que difícilmente puede prestarse a equívocos. Es preciso decir también que este episodio no ha entrado en la leyenda porque lo escuché confirmar sólo por mi tía, con un lenguaje conciso y frío.

2) Don Gennaro di Gennaro fue el confesor que obligó a Luisa a poner por escrito sus experiencias diarias. Era un sacerdote de vida santísima; los habitantes de Corato lo consideraban santo. Tenía un gran defecto de pronunciación, que en cierto momento

desapareció: Luisa había obtenido del Señor la curación para que su santo confesor pudiera anunciar dignamente la Palabra de Dios.

CAPÍTULO NOVENO

Luisa, terror de las potencias diabólicas

Leyendo la autobiografía de Luisa es fácil advertir que en los primeros tiempos debió afrontar combates tremendos contra fuerzas diabólicas, las cuales no perdonaron ni siquiera su cuerpo. En cierto de lugar sus escritos se leen estas palabras: «*Te he tocado; no te he hecho inmaculada, porque ya no me debo encarnar, pero te he quitado el fomes del pecado*». Es el Señor Jesús quien pronuncia estas palabras. Quien cree, puede comprender fácilmente el alcance de esas afirmaciones, que teológicamente se aproximan a lo increíble. Alguien podría escandalizarse y rechazar todo ello como herejía. No quiero entrar a discutir esa cuestión: los tribunales eclesiásticos tendrán todo el tiempo necesario para examinar y juzgar. Pero una cosa es cierta: que Luisa, en cierto momento de su vida, adquirió una paz interior, una calma serena que se proyectaba hacia el exterior e impresionaba a quien tenía la suerte de conocerla y hablar con ella. Todo podía suceder en torno a ella sin que nada la alterara nunca. Cuando fue condenada por el Santo Oficio, en 1938, todos se asustaron, todos se agitaron, clero y fieles. Parecía que un terremoto hubiera sacudido y abatido un gran edificio. Pero Luisa permaneció tan tranquila como siempre, serena, como si el caso no la afectase. Dócilmente se sometió al querer de la Iglesia, entregó al encargado del Santo Oficio todos sus manuscritos, y prosiguió su vida plácida, serena, en oración, continuando su trabajo de bordado con bastidor.

Así pues, al parecer, Luisa fue confirmada en gracia y por eso se convirtió en el espanto de los demonios, que ante ella huían estrepitosamente. Algunos episodios parecen confirmarlo. Se contaba que cuando Luisa pasaba por alguna parte -cuando era trasladada, para la limpieza anual, en carrozas cerradas- algunas casas temblaban fuertemente y se escuchaban gritos y ruidos de cadenas y de gente que huía. Eso acontecía especialmente en un edificio que aún está en fase de reconstrucción en la plaza del mercado de Corato. En efecto, se contaba que en aquel edificio habían sucedido cosas horribles como asesinatos, ahorcamientos, torturas, etc.

Una señora narraba que había ido a habitar a una casa de Rotondella, en la provincia de Matera, donde había recibido el encargo de maestra de enseñanza primaria. Sin embargo, en aquella casa se sentía muy a disgusto porque allí se encontraba a menudo un hombre con un aspecto terrible que trataba de atraparla, pero la señora se defendía mostrándole el

rosario que tenía entre las manos; al verlo, el hombre huía. La señora, asustada, lo dejó todo y volvió a Corato con sus hijos. A la pobre nadie le dio crédito y la consideraron loca, especialmente su marido, que era un hombre de ideas masónicas. No sabiendo qué hacer, acudió a Luisa, que benignamente la escuchó, la confortó y le dijo que no tuviera miedo porque el demonio no tenía ningún poder sobre ella y la exhortó a volver a su trabajo. La señora escuchó su consejo, pero quiso llevar consigo una fotografía de Luisa: la puso en un marco y la metió en su mesilla de noche. Una noche, mientras rezaba el Santo Rosario con sus hijos, volvió a ver a aquel hombre, el cual, acercándose a la cama, tomó la imagen de Luisa, la arrojó al suelo y gritando huyó. Desde aquel momento no sucedió nada más; volvió a aquella casa la paz y la serenidad. La fotografía de Luisa arrojada al suelo con violencia no sufrió daño alguno: ni el vidrio se rompió. Esta fotografía, en su marco, se encuentra actualmente en la casa de la nuera de esta señora, en su mesilla de noche.

Otro episodio muy reciente es el robo de los muebles. Mientras estábamos en un congreso internacional en Costa Rica, nos llegó la noticia de que había habido un hurto en casa de Luisa. Los ladrones se habían llevado los muebles antiguos que habían pertenecido a los padres de la Sierva de Dios. Esta noticia nos turbó. Al volver, se hizo saber al público que esos muebles podían ser peligrosos, porque los demonios danzaban cuando tenían el poder de tentar a Luisa. Y sólo ella los podía dominar: los demonios se podían desencadenar, libres de la influencia de Luisa la Santa. En efecto, no se sabe cómo -tal vez los demonios se desencadenaron realmente- dondequiera que entraban esos muebles sucedían cosas increíbles. Caso único en la historia, los ladrones, una noche, devolvieron los muebles dejándolos detrás de la puerta de la casa de Luisa. Todo comentario sobra.

Otro caso me aconteció personalmente. El año pasado participé en un exorcismo practicado en una iglesia de San Severo por el padre Cipriano, decano de los exorcistas italianos. La iglesia estaba repleta de personas que se consideraban endemoniadas. Yo había llevado conmigo una imagen de Luisa que mostré a una mujer, diciéndole: «*¿La conoces*?». La mujer la miró y dijo que no, pero de repente, desencajó los ojos y se escuchó una voz que le salía del pecho, y decía: «*La conozco yo..., la conozco yo..., ¡fuera, fuera!*», y me dio un puntapié para que me alejara, intentando arrebatarme la estola. Llevo siempre conmigo una imagen o una reliquia de Luisa.

La santa muerte de Luisa Piccarreta

A la noticia de la muerte de Luisa, que aconteció el 4 de marzo de 1947, el pueblo de Corato pareció detenerse para vivir un evento único y extraordinario. Su Luisa, su Santa, ya no existía. Y como un río crecido se precipitó a casa de Luisa para contemplarla y expresar su afecto a aquella mujer que durante tantísimos años había sido estimada y amada por todos. El día de su funeral fue declarado día luto ciudadano. Luisa permaneció durante cuatro días expuesta a la veneración del público (con el permiso del médico sanitario), para satisfacer a las miles de personas de Corato y de los alrededores que, día y noche, acudían a su casa. Fue necesario recurrir a la fuerza pública para controlar el río de gente. Todos tenían la impresión de que Luisa se había dormido y no estaba muerta. En efecto, su cuerpo, puesto sobre la cama, no sufrió la rigidez cadavérica. Se le podían levantar las manos, mover la cabeza en todas las direcciones, plegar los dedos sin esfuerzo, alzar los brazos y plegarlos. También se le podían alzar los párpados y observar sus ojos lúcidos, sin el velo de la muerte. Todos -forasteros, sacerdotes, personalidades eclesiásticas y civiles- querían ver ese caso único y maravilloso. Muchísimas personas escépticas salían de la capilla ardiente impresionadas, llorando y renovadas. Luisa parecía viva, como si un plácido y sereno sueño la hubiera detenido por un instante. Todos estaban convencidos de que no había muerto y algunos decían: «*Llamad al obispo y veréis que con una señal de la cruz la despertará; ¿no es Luisa hija de la obediencia?*». Esta esperanza era una manifestación del amor que todos albergaban hacia la Sierva de Dios. Pero un equipo de médicos, convocado expresamente por las autoridades religiosas, civiles y sanitarias, después de un atento examen, declaró que la querida Luisa había muerto realmente. Mientras Luisa permaneció expuesta a la veneración del público no dio signo alguno de corrupción, y su cuerpo no emanaba el olor propio de la putrefacción. Como una reina, permaneció sentada en su cama. No fue posible extenderla, por lo que fue necesario construir un ataúd especial en forma de «p», con las partes laterales y frontales de cristal, de modo que todos la pudieran ver por última vez. Luisa la Santa, que durante casi setenta años había estado siempre sentada sobre una cama sin salir nunca de su habitación, pasó entre inmensas alas de pueblo, llevada a hombros por un nutrido grupo de religiosas de todas las órdenes y rodeada de muchos sacerdotes y religiosos. El funeral se celebró en la Iglesia Madre por el cabildo entero, con la participación de todas las cofradías de Corato.

Yo visité varias veces los restos mortales de Luisa en los cuatro días durante los cuales permaneció expuesta, tocándola muchas veces y tomando flores que la gente ponía continuamente sobre sus pies y sobre sus piernas, flores que he conservado celosamente durante muchos años en medio de mis libros. Muchas fueron regaladas a enfermos, los cuales, tocándolas, fueron curados y pudieron participar en el funeral. Al paso del féretro, la gente sacaba a los enfermos a las puertas de las casas y muchos, como se narraba, recibieron gracias especiales. Luisa fue sepultada en la capilla gentilicia de la familia Calvi. El 3 de julio de 1963, sus restos mortales volvieron a Corato, para ser depositados definitivamente en la parroquia de Santa María Greca.

***

El joven asesinado y resucitado

Antes de concluir mis memorias, no puedo por menos de exponer un episodio asombroso.

Siempre había oído hablar de un joven asesinado y resucitado por Luisa. Este episodio se lo escuché contar al viejo ciego cantor, en el cenáculo de la calle Panseri.

Un día encontraron a un joven muerto, tendido en tierra en medio de un charco de sangre. La madre, al recibir la funesta noticia, no se precipitó a ver a su hijo, sino que, gritando, corrió, con los cabellos sueltos, hacia la casa de Luisa y arrodillándose ante el portón gritó: «*¡Luisa, Luisa, han matado a mi hijo!*».

La santa pequeñita -así llamaba el cantor a Luisa- se conmovió y dijo: «*Ve a recoger a tu hijo, que el Señor te lo devuelve*».

Algunas personas piadosas ayudaron a la madre a levantarse y la acompañaron al lugar donde su hijo yacía muerto.

Al ver a su hijo, la madre, sin preocuparse de los guardias, se arrojó sobre su cuerpo, lo tomó entre sus brazos y lo besó, desesperada, como la Virgen Dolorosa bajo la cruz.

Pero, repentinamente, el joven abrió los ojos y dijo: «*Mamá, aquí estoy, no llores*».

Al oír este relato, toda la asamblea lloraba, de modo especial las mujeres ancianas cuyos hijos habían ido a la guerra.

Algunas veces, aunque de pasada, he escuchado narrar el episodio también en mi casa. Recuerdo que mi tía Rosaria, un día, pronunció estas palabras, dirigiéndose a mi padre: «*No comiences a decir ciertas tonterías, piensa en comer*». Mi padre estaba precisamente relatando la historia del hombre resucitado por Luisa la Santa.

En mi parroquia, un día, escuché a la señorita Redda, ministra de la Tercera Orden Franciscana, que hablaba de este milagro a un grupo de mujeres. Al notar mi presencia, se tapó enseguida la boca con la mano, lamentando su imprudencia. En efecto, el párroco, don Cataldo Tota, que se hallaba presente, dijo: «*Ciertas cosas no se deben decir en público mientras viven los interesados*».

Yo nunca he dado importancia a este episodio -siempre contado a media voz- porque me parecía increíble. Mi tía Rosaria nunca quiso hablar del tema y a mis preguntas respondía: «*¡Olvida esas tonterías!*».

Yo comprendía que pesaba una prohibición absoluta de hablar sobre lo sucedido, tanto por parte de Luisa como por parte del clero.

El relato del viejo ciego me parecía demasiado fantasioso, demasiado enmarcado y, más que un hecho realmente acaecido, parecía una tragedia griega. Antes nunca he querido escribir nada al respecto, para no exponer al ridículo a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta (y también porque consideraba que el episodio sólo era fruto de fantasías populares).

Pero luego, al leer una carta del Beato Aníbal María de Francia, en la que afirma el milagro de la resurrección de un joven muerto, he creído oportuno mencionar aquí el fenómeno, del que tanto había oído hablar.

El Beato Aníbal confirma, con su autoridad de santo, que la resurrección de ese joven muerto aconteció por las oraciones de Luisa Piccarreta.

Esa carta tiene fecha del 5 de mayo de 1927. Pocos días después, exactamente el 1 de junio de 1927, el Beato Aníbal moría serenamente en la ciudad de Messina.

***

DATOS BIOGRÁFICOS DEL AUTOR

El padre Bernardino Giuseppe Bucci nació en Corato, el 15 de junio de 1935, de Francesco Bucci y Serafina Garofalo. Décimo de doce hijos, en 1940, por primera vez, es llevado por su tía Rosaria a la casa de Luisa Piccarreta, la cual, en 1944, profetizó que llegaría a ser sacerdote.

En 1947 asiste al solemne funeral de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta y en 1948 entra en el Seminario Seráfico de Barletta.

En 1951, mientras realizaba sus estudios en el Seminario Seráfico de Francavilla Fontana, pierde a su madre, a la que estaba íntimamente unido.

En 1955 entra en el Santo Noviciado de los Frailes Capuchinos de Alessano, en la provincia de Lecce, y realiza sus estudios de filosofía en el estudiantado de Scorrano.

En 1959 pierde a su padre y, en 1960, es trasladado al estudiantado teológico de S. Fara. En 1964, el 14 de marzo, en la iglesia de los Capuchinos de Triggiano, es ordenado sacerdote por su Excelencia Mons. Nicodemo, arzobispo de Bari.

Enviado a Roma al Colegio Internacional para especializarse en Teología Misionera, a su regreso a la Provincia es asignado al convento de Scorrano, como Padre espiritual del Seminario Seráfico.

En 1968 se marcha a Portugal para aprender portugués, en previsión de una partida como misionero a Mozambique.

Por motivos políticos, se aplaza por tiempo indeterminado la partida a la misión. Al volver a la Provincia desempeña el cargo de vicepárroco en la parroquia de los Capuchinos de Barletta y el oficio de Asistente provincial de la Juventud Franciscana.

Frecuenta los cursos de Licencia y de Doctorado en la Facultad Ecuménica de San Nicola en Bari. Simultáneamente, en 1972, obtiene la habilitación en letras.

En 1976 es nombrado superior-párroco en el convento de los Frailes Menores Capuchinos de Trinitapoli, en la provincia de Foggia. Aquí le llega la noticia de la muerte de su amadísima tía Rosaria (1978), que durante cuarenta años estuvo al lado de Luisa Piccarreta como ayudante.

En 1980, impulsado por Su Excelencia Mons. Giuseppe Carata, arzobispo de Trani, con la súplica de que no nombre al Beato Aníbal María de Francia, para no entorpecer la causa de beatificación en curso, recoge los testimonios sobre la Sierva de Dios Luisa Piccarreta y da a la prensa, en treinta mil ejemplares, la primera pequeña biografía sobre la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, traducida a varias lenguas, contribuyendo así al conocimiento de la Sierva de Dios.

En 1988 es trasladado como superior y párroco al Convento de Triggiano, donde desempeña también el cargo de Secretario Provincial de las parroquias.

En 1994, elegido Definidor Provincial, vuelve a Trinitapoli, como párroco. Allí vive aún, con los cargos de Definidor Provincial, Secretario provincial de las parroquias y Consejero del Secretario nacional de las parroquias.

Cofundador de la Asociación del Querer Divino, juntamente con sor Assunta Marigliano, durante muchos años es Asistente Espiritual de la misma, erigida canónicamente en Corato el 4 de marzo de 1987.

En la actualidad es miembro del Tribunal de la causa de beatificación de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, incoada el día de la fiesta de Cristo Rey de 1994, en la Iglesia Madre de Corato, por Su Excelencia Mons. Carmelo Cassati, ahora emérito, en calidad de Promotor de la Fe.

*****

ORACIONES

para implorar la Beatificación de la sierva de Dios

LUISA PICCARRETA

I

Oh Corazón Sacratísimo de mi Jesús, que en tu humilde Sierva LUISA has elegido al heraldo del Reino de tu Divina Voluntad y al ángel de la reparación por las innumerables culpas que causan dolor a tu Divino Corazón, humildemente te suplico que me concedas la gracia que por su intercesión imploro de Tu Misericordia, para que sea glorificada en la tierra como ya la has premiado en el Cielo. Así sea.

Pater. Ave. Gloria.

II

Oh Corazón Divino de mi Jesús, que a tu humilde Sierva LUISA, como víctima de tu Amor, diste la fuerza para sufrir durante toda su vida los espasmos de tu dolorosa Pasión, haz que para tu mayor gloria resplandezca inmediatamente sobre su cabeza la aureola de los Beatos. Y por su intercesión concédeme la gracia que humildemente Te pido...

Pater. Ave. Gloria.

III

Oh Corazón Misericordioso de mi Jesús, que para la salvación y santificación de tantas almas Te dignaste conservar durante muchos años en la tierra a tu humilde Sierva LUISA, tu *pequeña Hija de la Divina Voluntad*, escucha mi oración: que ella sea inmediatamente glorificada por tu santa Iglesia. Y por su intercesión concédeme la gracia que humildemente Te pido...

Pater. Ave. Gloria.

****

Nihil obstat para la prensa:
Trani, 27 de noviembre de 1948.
Fr. REGINALDO ADDAZI, O. P.
ARZOBISPO

***

Oración de la estampita (con reliquia) impresa inmediatamente después de la muerte de Luisa Piccarreta con autorización del arzobispo Fr. Reginaldo Addazi, O.P.

***

Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2000, en la tipolitografía «Miulli Francesco» - Via Roma 52- San Ferdinando di Puglia

El interés por Luisa merece destacarse tanto por la atención que hoy se presta a la profundización de la mística (y Luisa lo es porque con su contemplación y con la aceptación de sus sufrimientos físicos y espirituales, alcanzó una notable intimidad con Jesús) como porque Luisa fue conocida y frecuentada por algunos de nuestros hermanos (p. Fedele da Montescaglioso, p. Guglielmo da Barletta, p. Salvatore da Corato, p. Terenzio da Campi Salentini, p. Daniele da Triggiano, p. Antonio da Stigliano, p. Giuseppe da Francavilla Fontana, por citar sólo algunos) que pudieron darle elementos esenciales de la espiritualidad franciscana, asimilando de ella el amor a Cristo y el empeño por cumplir la Divina Voluntad (de la presentación del P. Mariano Bubbico).

***

El P. Bernardino Giuseppe Bucci nació en Corato, el 15 de junio de 1935.

En 1955 entra en el Santo Noviciado de los Frailes Capuchinos de Alessano, en la provincia de Lecce, y realiza los estudios de filosofía en el estudiantado de Scorrano. En 1964, el 14 de marzo, en la iglesia de los Capuchinos de Triggiano, es ordenado sacerdote por su Excelencia Mons. Nicodemo, arzobispo de Bari.

Enviado a Roma al Colegio Internacional para especializarse en Teología Misionera, a su regreso a la Provincia es asignado al convento de Scorrano, como Padre espiritual del Seminario Seráfico. Frecuenta los cursos de Licencia y de Doctorado en la Facultad Ecuménica de San Nicola en Bari. Simultáneamente, en 1972, obtiene la habilitación en letras.

Cofundador de la Asociación del Querer Divino, juntamente con sor Assunta Marigliano, durante muchos años es Asistente Espiritual de la misma, erigida canónicamente en Corato el 4 de marzo de 1987.

En la actualidad es miembro del Tribunal de la causa de beatificación de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, incoada el día de la fiesta de Cristo Rey de 1994, en la Iglesia Madre de Corato, por Su Excelencia Mons. Carmelo Cassati, ahora emérito, en calidad de Promotor de la Fe.

***